



Xenankó

Adán Echeverría

Ediciones Zur / 2005

Xenankó

Adán Echeverría



Ediciones Zur

2005



PACMYC 2004

FORMACIÓN Y DISEÑO

Héctor Torres Alcocer

DIBUJO PORTADA Y PORTADILLAS

Ileana Garma Estrella

Xenankó

1a. Edición 2005

Ediciones Zur

D. R. © Adán Echeverría García.

Este libro no puede ser reproducido parcial o totalmente sin autorización escrita del titular del copyright.

HECHO EN MÉXICO

para Marisol Medina
y Elí Alejandro
por compartir la vida

Solo contra la tierra
este sudor de instintos ha deshecho mi rostro de pájaro confuso

Enrique Molina

El águila me anuncia en el dintel de su relámpago, un clamor de campanas
en el plumaje de los pájaros

Alfredo Gangotena

PRESENTACIÓN

Xenankó es un encuentro con nuestro medio ambiente, primero, en *La colección* a través de estampas describe poéticamente la fauna propia de esta región del mundo y relata sus hábitos. También da cuenta de la torpeza con que se ha acabado con algunas especies, como la Foca Monje. Literatura didáctica es este segmento; los niños en contacto con los textos han imaginado e ilustrado criaturas que, paradójicamente, en muchos casos les son ajenas. El colonizador que durante mucho tiempo postuló la inferioridad de América e introdujo sus propios animales, nos hizo creer que los nuestros no eran dignos de ser observados, a la par que hemos destruido su hábitat, por lo que se alejan cada vez más de nosotros, los humanos.

Tras esta, a ratos apacible, descripción, inicia *El camino* una aventura en la que retoma diferentes tradiciones literarias: Rudyard Kipling, Edgar Rice Burroughs, Horacio Quiroga. El hombre solo, en medio de la naturaleza, ha perdido la lucha que inició en el siglo XIX con la Revolución Industrial. La visión apocalíptica que se nos presenta tiene una intención educativa: si hubiéramos convivido con el medio ambiente, éste no nos estaría destruyendo. Un texto posmoderno, en el cual las tendencias ecologistas más actuales, difundidas por todo el mundo —y cuyo origen se encuentra en los países más desarrollados— se entrelazan con la tradición maya que durante milenarios transformó su entorno sin destruirlo.

Las espinas es un ejemplo de cómo las tensas relaciones en una comunidad heterogénea, que se ve obligada a conducirse siguiendo un mismo patrón, se ven reforzadas cuando se unen para contrarrestar a sus atacantes. En el mundo devastado por los huracanes, consecuencia de la estupidez humana, sólo ha sobrevivido una región del Petén. Ahí un humano, moderno Tarzán o Mowgli, convive con los animales, entiende su lenguaje y vive una conflictiva relación con ellos. La precaria estabilidad, lograda

gracias a la templanza de los apetitos (los carnívoros debían alimentarse con frutas, para no atacar a sus coterráneos) es finiquitado por la expedición de los Visitantes que en su afán científico destruyen muchas formas de vida terrestre.

Los animales se sublevan y escapan a sus nuevos predadores, pero es imposible regresar a su anterior forma de vida: violencia e instintos desatados, nos obligan a pensar en la forma como hemos contribuido a destruir a todas las especies.

Que sea nuestra región del mundo la última que alberga vida es notorio: reivindicar nuestra naturaleza, plantearnos una dignidad que permita recordar el pasado y plantearnos un futuro posible.

Es, en definitiva, un mensaje de respeto a la naturaleza, un canto a nuestra madre tierra, al equilibrio del medio natural que sus parásitos predilectos hemos destruido.

Cristina Leirana Alcocer

la colección

para Elí Alejandro
y el milagro de tenerte



Aprendí,
en la fraternidad de los árboles,
a reconciliarme,
no conmigo:
con lo que me levanta, me sostiene, me deja caer.

Octavio Paz

APIR

(Tapirus bairdii)

Inundado en luz, el tapir camina rutas de selva con el silencio pegajoso de la trompa revolviendo la hojarasca.

Gigante de paso torpe, agita el miedo en las caobas.

Son pocos los deseos de la muerte: el aroma de los frutos abiertos a sus fauces, el almíbar del olfato que arrastra por el lodo.

Atraviesa los pastos, hasta la flor de agua, y la laguna detiene el tiempo en su mirada.

El tapir sabe de la noche, la conquista. Deglute días de sol, arrojando sombras al detritus que se amontona bajo el fuste de los cedros.

Gigante de humedad, piel de bronce, punto misterioso de escondites vegetales, refugio amenazando el destino de tormenta.

Contempla la calma del lago. Ese malestar lluvioso en las caricias demoradas que los helechos trepan a las piernas heridas del chicozapote.

Consumación del equilibrio entre sus muelas áridas. Extinciones al desecar la selva.

En la sabana marca la huella de los siglos.

Muy dentro del oscuro ramaje de las ceibas, entre los carrizales, habitan sus pupilas de cobre.

Es la fuga hacia lo verde inexplorado.

Sobre tu lomo pardo, alrededor del blanco vientre, pasea la angustia de los amaneceres.

Bajo tus patas se agita la planicie.

JAGUAR

(*Panthera onca*)

¿Qué sentido puede tener la selva si el jaguar no la recorre?

Miedo de encontrarse al acecho.
Ser presa indeterminada.

El viento trae los olores de la sangre hasta enarbolar rugidos en el eco de las calles vegetales. Giran las hojas de los ficus atrapando la sensual sombra de este dios de ámbar.

Hay que buscar en la agonía del venado esa furia que desprende en la carrera.

Persecución de muerte sobre el cuello: líquido jaguar de la memoria.

En el malestar de los cenotes, la verde duermevela extiende sus finos pasos por las enramadas: jaguar sin destino de quimera.

Y ese dios que nos asiste, tuerce la cola pero no desespera sobre las ramas del cedro, reposando la violencia del enigma que se transformó en piedra.

En el artesanal jade se ha establecido el destino de su historia, y caerá la estrella de su época hasta la oscuridad abierta del cenote.

Enmohecido silencio, dactilar presencia:
el jaguar camina arrastrando sombras.

Levanta la vista, trepa el orgullo hasta la despedida de la lluvia..., ¿y las garras..?, imploración de sangre herbívora.



Roselvi L. Cetzel Balam 12 años
Santa Cruz Pinto, Homún



Susana R. Cauich Uc 13 años
Tixcacal Quintero, Huhí

YAGUARUNDI

(*Herpailurus yagouaroundi*)

Antes que la noche quiebre las estrellas en el horizonte.

Cuando el viento aleje la sensación de odio
y nazca de la aurora el vaticinio de ser explorado
por el ojo de vidrio de los sapos.

Mucho antes que los carizales pidan auxilio al aire
y siembre luz el sol en la sabana
el yaguarundi retornará los pasos
hasta la yugular del equilibrio.

Desenvolver silencio de los prados.

La ruina de la carne que deshebra
el misterio de transmutar energía.

Oscuro corredor nocturno
remolino de ausencia impregnando deseos
indócil pestañar de la laguna:
el yaguarundi, en el remanso del cenote
acecha.

Piel antigua separando madrugadas.

Piernas acortadas
hacia la carrera ágil de la sombra que descuelga sus mordidas.
Sigilosa presencia de amarillos ojos.

Tatuado en el depredar de la memoria que surge
de la planicie vasta, el yaguarundi permanece atrapado
en la esencia primigenia de las ceibas.



Roselvi L. Cetzel Balam
12 años
Santa Cruz Pinto, Homún

PUMA

(*Puma concolor*)

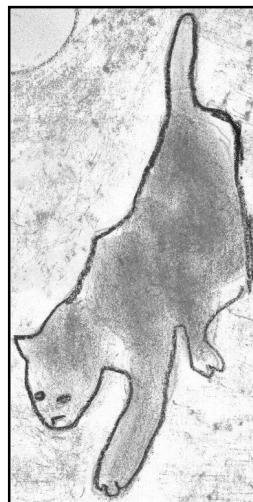
No se detiene el puma ante la noche, ni la mañana hace posponer empeño. La sangre inunda los latidos. Narices hinchadas por el hambre. Crecen los deseos, las garras relumbran. El puma anhelante de gargantas.

Desaparecer neuróticos rebaños de corderos. Adrenalina victimaria paseando cólera sobre la ruina que vigila dentro de la oscuridad.

Sonido áspero. Posibilidad auténtica en el sabor caliente de las madrugadas.

Crece la aurora y arroja su silencio dentro de la ventisca.

Los colores comienzan su recorrido y el puma teje la muerte entre las patas. Latiendo bajo la luna, crece como piel evaporada.



Juanita Cetzel Xequeb
9 años

Santa Cruz Pinto, Homún

OCELOTE

(*Leopardus wiedii*)

Aniquilada sonrisa de amanecer: el ocelote se conforma con detener colmillos sobre las gargantas de los temazates. Con lentitud dibuja la estela de muerte sobre el polvoso camino en la sabana, arrastrando el cadáver de la delicadeza.

Que los conejos se escondan, víctimas del dolor en la quijada.

Que se remonten días, sueños, ateridas cargas de suplicio inquebrantable.

La maquinaria de manchas recorre pastos tras la erosión de las cactáceas. Suda posibilidades inhóspitas en esta agreste agonía de la tierra.

Pero la soledad abarca hasta las nubes que derraman angustia sobre las bromelias que se mantienen incrustadas en los árboles, olvidadas, alrededor de la sabana abierta.

Debajo de la frescura que esconde la muerte, el ocelote marcha, necesario, estridente, pegajoso, por los innumerables dobleces de la noche, hasta verter sangre en este polvoriento hábitat.

TIGRILLO

(*Leopardus pardalis*)

Devoradores de miedo
cazadores de sombras.

Son más imponentes los latidos del amanecer
que la incrustación del sueño partido por las manchas.
Se presiente la silueta inesperada del felino miniatura
dentro del laberinto de leguminosas
que hunde sus raíces fijadoras de nitrógeno
como una dinamita proteíca
hasta el fondo de la tierra
hasta la calcárea voz de la penumbra.

Partiendo la noche
los tigrillos amenazan con la sonrisa cortada por el rayo
y el cojinete esperando acceder a la violencia.



Elda María Chuc Puc 7 años
Kampepén, Homún

ZORRA GRIS

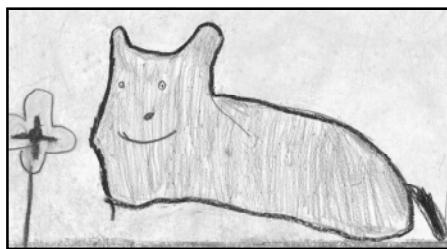
(*Urcyon cinereoargenteus*)

La zorra identifica los olores azules de la carne
y levanta el penacho gris de los secretos.
El azul de la mañana rememora lagunas extintas.
Olvidar agua,
bosquejar sonidos detrás de carrizales.

Sobre las ramas de los árboles sus antepasados vigilan.
Crecen los rumores de floresta
por la historia de selvas accidentadas
hasta detenerse tras las dunas.

Y esperar...

Esperar que se alimenten
los intensos sentidos putrefactos de la respiración
el dactilar humor de la amargura:
¡Ahí está la zorra,
con su carga intrépida
sobre el hocico largo!



Paola B. Campos Tabasco
Tixcacal Quintero, Huhí

CABEZA DE VIEJO

(*Eira barbara*)

El cuerpo devolviendo a la Oscura
el brillo lunar, diamante abierto.

La cabeza, con su casco de luz,
traspasa el verdor de las columnas
de cedros. Como flecha de aire revienta
el gris de los fustes, liberando astillas
de plata.

Recorre la sabana entre sombras.

Lejano, como el olvido, contempla
la ruindad de la conciencia de aquellos
cazadores de tuzas, que silenciosos esperan tras los matorrales.

El cabeza de viejo desciende los caminos de polvo, mientras sus
tersas patas agitan el hambre.

Saltando, entre carrizos y pastos que crecen en busca de sol,
olisquea el viento, y se mantiene lejos..., lejos del Humano y sus
atroces genocidios.



Roselvi Lorena Cetzel Balam 12 años
Santa Cruz Pinto, Homún

MONO AULLADOR

(*Alouatta pigra*)

Esperar los dientes de sol sobre la heladez de la ventisca. Latente
angustia al despuntar amaneceres. Ellos permanecen colgados en el
deterioro de los cedros, arrimados unos contra otros, inaugurando
partituras estridentes.

Empecinados en conquistar la solemne presencia del círculo anaranjado
en el horizonte, los aulladores vierten alaridos a la muchedumbre
de pájaros.

Estos monos se pasean por las ramas arañando el vértigo. Silencian
los costados de la muerte que desgarra los cedros, donde atisban
la creciente luz, contemplando las fauces de sus depredadores que
esperan su descenso a beber agua. Los aulladores agitan la furia de
sus hocicos mientras intentan someter el remolino que crece en la
oscuridad de su garganta.

MONO ARAÑA

(*Ateles geoffroyi*)

para Yariely Balam

Comienzan los retos de altura.

Caen frutos de esperanza pútrida al volar sobre la cumbre de los álamos. Violencia de escapar la cacería. Ser alimento para depredadores niños que sacian sus pesadillas con tu carne.

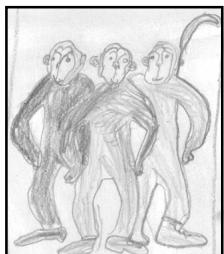
El equilibrio de las manos persiste.

Remolino de sombras recorriendo las copas de los cedros, de las jícaras; abriéndose paso entre el follaje que rodea la laguna. Desgajan ramas en la huida, enredadera contra liana.

Cola prénsil, brazo ágil, distiende el vértigo hasta la victoria de la noche y el sobresalto de la madrugada.



Paula Cetzel Dzul
12 años
Santa Cruz Pinto,
Homún



Karla Aké Díaz 9 años
Tixcacal Quintero, Huhí

TEMAZATE

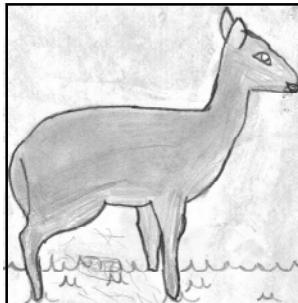
(*Mazama americana*)

No hay que despedir la madrugada de sus ojos.

El camino se impregna en feromonas y luz nocturna:
estallan las dagas en la frente.

El brinco mortal del dardo; nacientes plántulas equidistantes al agrio dolor de los espejos de la luna que baña los ficus cada noche:

el temazate, hambriento,
enarbola cada amanecer, en los pastos,
el pliegue de su miedo, grabando su aroma
en la corteza de los álamos.



Paula Cetzel Dzul 12 años
Santa Cruz Pinto, Homún

VENADO COLA BLANCA

(*Odocoileus virginianus*)

Hay que situarse entre las astas que huyen a través de la enramada, para comprender la violencia de la persecución; esa lucha continua contra el cazador, que permanece sentado al borde de los álamos tejiendo las líneas de hambre sobre el rostro.



Juanita Cetzel Xequeb 9 años
Santa Cruz Pinto, Homún

¡Oh venado de ágata!

Recorre los prados, la sabana, el manantial de la amargura.
La sed traicionera te acerca a la quilla de la muerte.
El filo de luna persigue tu sombra.

Eres voluntad de viento
aroma de olvido
espacio cerrado hacia la quietud de la agonía.

Apresado por el odio y el hambre
el venado se condena a ser alimento:
manjar de la pobreza.



Gaspar 10 años
Kampepéen, Homún

PECARÍ DE COLLAR

(*Pecari tajacu*)

De ellos nadie se queja. Se perciben lejanos y acuden, desde los pastos, a profanar la carne. Afilan colmillos sin quitar la vista a los felinos que sacuden sus bigotes en el deseo de sobreponer las dentelladas. El pecarí los mira y el miedo dibuja su rostro en las pupilas atigradas.

Ásperos en su pelaje, negro, gris, blanco; cuello de perlas apestosas. Sólo el pecarí sabe su furia. La mirada perdida, y el castañar de su quijada detrás de la sombra de los árboles maduros. Esa veloz carrera inicial hacia la confusión del predador.

— Mírate. Tu luz radiando la sombra de los manglares. Olvidada sombra de fango. Transparencia del lodazal perenne. La frescura y el sol cabizbajo.

Son la rueda del día, doloroso astro que sangra lamentos al quemar pieles.

Basta de ser y de pensar en la humedad de los olores, el almizcle cercando el nicho.

Su estúpido cuerpo es agria sensación en la mordida, colmillos que renacen.

La fama de omnívoro no es coincidencia. No ataca el cuello ni regresa por despojos.

Lo que asombra es su sentimiento de carne, su perezosa sensación sesuda en ese palpitarse de glándula con que marca el territorio de la angustia, sobre la ruda corteza de los arbustos, deja su huella de olores. El misterio de sus crías cafés con el dorso pintado de negro, extraña en la memoria del viento.

¿Porqué esperar la formación del lodo,
porqué no cavar entre los montes?
¿y el agua?
regando las siluetas,
las pezuñas,
el árbol escondido.

MAPACHE

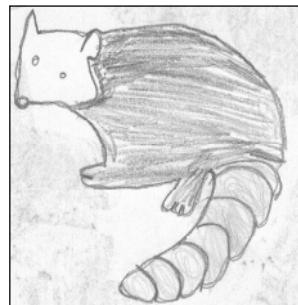
(*Procyon lotor*)

Camuflajeados ojos ostentan los mapaches.

No hay que ser sabios para saber qué esconden: la voluntad del hurto, el defender las presas y su sinceridad de agua.

Entre frutas asimilan frustraciones. Sentirse carnívoros y no poder mancharse los bigotes.

Con sigiloso paso, el mapache atravesía la oscuridad y, entre las huellas, deja el sentir del ansia, la garganta agónica de sangre.



Paula Patricia Cetzel Dzul
Santa Cruz Pinto, Homún

TEJÓN

(*Nasua narica*)

Se cuelgan de las ramas de los huanos
brincan la cola por los chicozapotes.

Siempre prestos a recibir disgustos
los tejones salen en procesión por alimento.
Nada los detiene en su avanzar de ejército
suben las ramas más altas para hacer el nido.
Juegan a volverse aves y carecen de plumas.
Equilibristas finos
circulan por la copa de los mangles
atravesando milpas
con la sombra reflejada en la laguna.

ARDILLA

(*Sciurus yucatanensis*)

Salto con salto
la ardilla agita la mañana
hasta desprender el fruto inolvidable
que cuelga solitario
en el árbol favorito de Dios.



Susana Cauich Uc 13 años
Tixcacal Quintero, Huhí

MURCIÉLAGO

(*Glossophaga soricina, Desmodus rotundus*)

para Javier Sosa

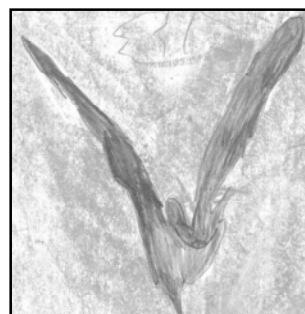
Látigo del atardecer, murmullo nocturno, silencio habitando el rumor de las grutas. Consumidor de los sabores que despunta el universo. Maquinaria silente recorriendo el aire que ofrece el aroma de las frutas; la pestilente sangre latiendo dentro de la yugular de los cervatos.

Conquistador de ceremonias de sangre,
recolector cargado de polen,
acarreador de vida selva a selva.

Nocturno, habitas la oscura, dibujas el miedo de las pesadillas humanas. Los comercios de la carne te persiguen, y es destino la hibernación de la calumnia.

Todo el poder colgado a tus membranas, agitar el aire de la confabulación incierta; despertar los colmillos y la mirada que atraviesa el párpado silente de luz. Cada eco recibido en el crepúsculo es el pretexto de dibujar los círculos al vuelo. El despertar de las mentiras en el radar ennegrecido que apuntala el tiempo.

Retornar a las cavernas, habitante silencioso de las grutas. Ante la inevitable persecución lumínica, cruzas los brazos envolviéndote en el sueño, lejano al sol.



Juanita Cetzel Xequeb
Santa Cruz Pinto, Homún

TEPEZCUINTLE

(*Agouti paca*)

Descubridor de secretos de la noche,
caminas sediento de frutos que retiene la
tierra.

Escarbas para aprovechar el tiempo vegetal
de los fósiles, ¿qué detiene la silenquietud
de las estrellas?

Atraviesas los caminos hasta el agua que espera recoger el
aroma de tus huellas.

Noble catador de frutos y raíces, artesanal silueta bebiendo
oscuridad. Por la tradición certera en que se proclamó la vida,
descuidas el destino de permanecer nocturno en las praderas; preñando
a tus hembras bajo la complicidad del agua, ahuyentando los aromas
de la violencia de tus depredadores.

Con tus dientes largos raspas las cortezas para marcar el territorio
de tu angustia y escapar hacia la vida de la noche.

CEREQUE

(*Dasyprocta punctata*)

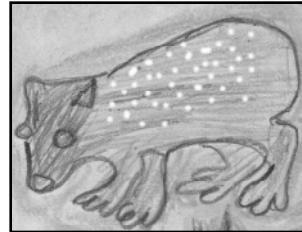
En el espejo de la noche construyes el
servicial empleo de acompañar la caricia de
sol sobre las piedras.

Restregando la luz contra el tronco de
los árboles, recoges frutos destinados a compartir
la madriguera de los nichos que traslapas con
el tepezcuintle.

El pelaje grisáceo esconde la sombra de
mártir que camina en tu lengua, royendo las
raíces hasta arrancarles la vida.

Te guardas al caer la última gota lumínica,
esperando que tu enemigo, complementario,
venga a recoger las sobras, y completar el ciclo:

Cuando el cereque duerme,
 el tepezcuintle fluye
 en el destino de atrapar la oscura por los dientes.



Jesús A. Puc Ojeda 7 años
Tixcacal Quintero, Huhí



Angélica B. Cetzel Balam
5 años
Santa Cruz Pinto, Homún

FOCA MONJE

(*Monachus tropicalis*)

Se consumió la sal.

Derrotado, el océano se tragó tu historia.

Se han colgado en la memoria los silencios de angustia:

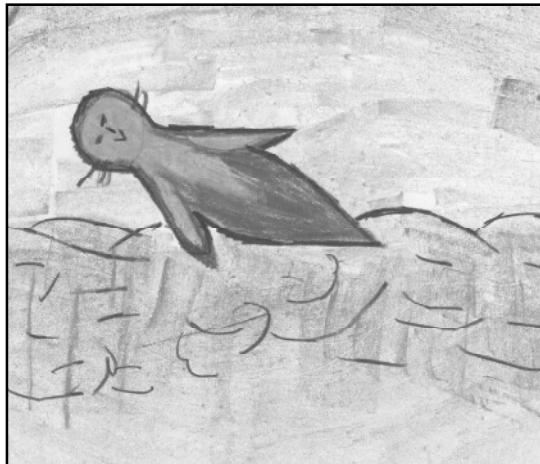
naufragar, con los milagros, la existencia.

El devenir del tiempo consume traumas y se alejan las olas y la transparencia. Siglos que retozabas sobre las playas vacías de los litorales.

Hasta que el europeo colonialista (proclamador de muerte) comprendió la belleza de tu piel impermeable.

Hablan las bitácoras de los barcos:

— Era imposible acercarse a playa alguna en esta Península de Yucatán. La contaminación del aire resultaba insopportable. Los cadáveres de las focas monje, esparcidos en la arena, espectáculo apocalíptico dibujado en nuestras costas.



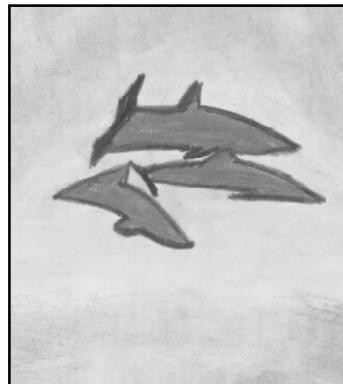
Paula Patricia Cetzel Balam 12 años
Santa Cruz Pinto, Homún

DELFIN

(*Tursiops truncatus*)

Nada es más importante que la risa tenue de las crías humanas.
¿Para quién?

Dentro de la esclavitud de sentirte vulgar payaso, acomes, con el instinto, las mil y un piruetas que requiere el silencio de pertenecer al destino escrito por el Hombre.



Roselvi Lorena Cetral Balam 12 años
Santa Cruz Pinto, Homún

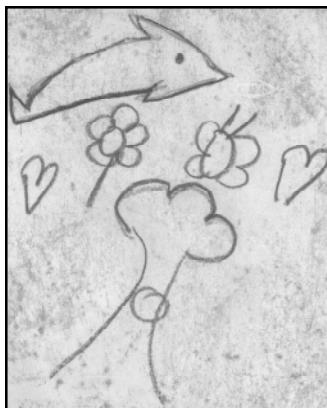


Ana 10 años
Kampepén, Homún

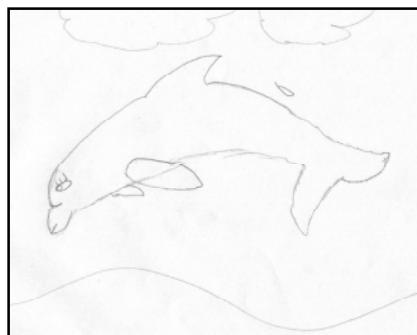
La libertad requiere destreza y sentirte universo de agua.

Equilibrista del abismo, el lumínico oleaje se cuelga de tu mente.

Como ángel del océano conquistas vuelos y profundidades: agitando los átomos de espuma.



Angélica B. Cetral Balam 5 años
Santa Cruz Pinto, Homún



Adrián 10 años
Dzilam de Bravo

ZOPILOTE REY

(*Sarcoramphus papa*)

Círculo de plumas atrapando el sol.

El espacio del suelo y su carroña.

Cuerpos sin vida esparcidos por desiertos.

Los animales que no logran el agua, permanecen erosionando huesos a través de los desiertos de la espera.

Luna tras luna se yerguen los misterios y entre la luz del día se despierta el olor que los atrae.

Con plumaje negro-azulado y puntos blancos, el zopilote rey surca vientos, y en la mirada recorre terrenos baldíos al oeste del petén.

Lleva el amarillo-azul-rojo en la cabeza como la máscara de vengativa burla.

Si el viento trae hasta su olfato el tufo de la muerte, sus sentidos exageran la fe en el alimento. Maquilla el rostro con el rencor goteando el pico.

Los zopilotes comunes no quieren tener que ver con sus graznidos autoritarios. El plumaje negro les tiembla al ver la sombra de este dios alado, entre las nubes.

El zopilote rey, emperador de la violencia, logra desgarrar el cuerpo de otras aves en pleno vuelo, trazando círculos de terror en el plumaje de la víctima.

La sombra de su envergadura despierta la huída de otros carroñeros.

Ocupa su lugar junto a los cadáveres y, cuando sacia el hambre, defeca entre los restos de podredumbre, para mostrar su vulgar realeza.



Ángel 7 años
Kampepéñ, Homún

CARI CARA

(*Polyborus plancus*)

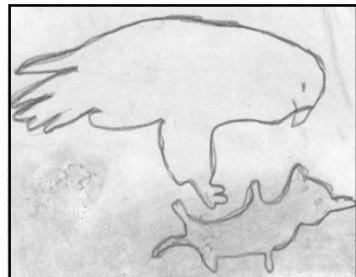
En los lugares vírgenes se esconden,
lejos de zopilotes, lejos de tus miradas
de Humano (inaugurador del Caos).

El cari cara es carroñero tímido.
No comparte secretos de sus hedores,
no se limita a sentir la muerte, sus
garras saben obsequiarla.

No comparten ni se mezclan en
el cielo, no tejen círculos que anuncien vulgarmente su presencia.

Su soledad es límite.

Dejan caer la fuerza de sus garras sobre la noche amplia que
cubre los ojos de los muertos.



Carlos A. Campos Ojeda 7 años
Tixcacal Quintero, Huhí

ÁGUILA

(*Pandion haliaetus*)

Con tu sombra se ocultan las serpientes.
Detrás de las garras escondes el dolor.
Desde la lejanía
capturas la muerte en la mirada.



Sentir que la vida
escapa con la caída
libre.

Renacer desde las piedras.

Elevarse, elevación,
destino.

Yareli Gpe. Puc Ojeda 9 años
Tixcacal Quintero, Huhí

José E. Flores Rodríguez 12 años
Dzilam de Bravo



HOCOFAISÁN

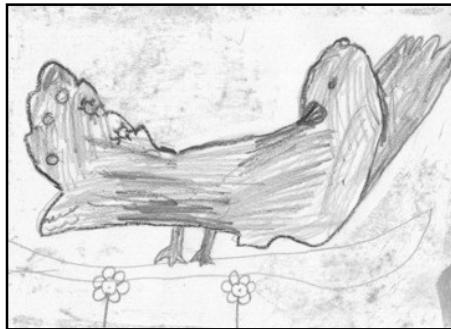
(*Crax rubra*)

Entre las plumas del hocofaisán
guardo el miedo a la tempestad
y al rayo.

En el amarillo, colgando como
fruto sobre el rostro, o en el
negro, de su corporal silueta,
se pierde la dulzura de la noche.

No hay que definir el
ceremonial atisbo de perdurable
signo. No hay como la fe en la inconsiguiente de sentirse en el
olvido de la selva.

El ave negra salta por los gajos, creciendo la historia de sus
descendientes, y no esperaremos la siguiente luna para ser pasado
y futuro de esta tierra irremediablemente adversa: partiremos hoy
hasta la ignonimia de ser especies sin nombre propio.



Carlos Campos Ojeda 7 años
Tixcacal Quintero, Huhí

FLAMENCO

(*Phoenicopterus ruber*)

Detener las nubes, bosquejar los prados, recorrer las dunas,
incrustar mareas: que los vientos traigan el aroma
de flamencos dibujando flechas.

La ría enrojece, tímida, su muerte de lodo, su
agonía por la transmutación de oxígenos y alimentar
la vida.

Sin mojarse los vestidos,
los flamencos recogen sueños de permanencia.



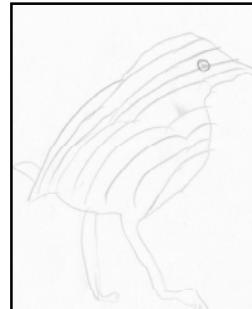
Jennyfer Dianeli Castillo Ciau 8 años
Dzilam de Bravo

CODORNICES

(*Colinus nigrogularis*)

No hacen ruido las piedras. No vislumbran el recorrer caminos. No se percatan de volver a los milagros, sobrevivir y escapar sobre la voluntad del polvo.

Agrupadas, como las multitudes humanas de los carnavales, las codornices recorren sus comparsas de una madriguera a otra, atrayendo el alimento de perdurar destinos, esquivar los predadores, eclosionar futuros.



Edgar
Dzilam de Bravo

PALOMA ALA BLANCA

(*Zenaida asiatica*)

No te perseguirán más los proyectiles de la furia.

No serás de nuevo el sin sentido de proclamar los ganadores trofeos por impartir la muerte.

Tu presencia no significa más que la garantía de pensar en ¿cuántas podré cazar este día que el sol deshace piedras?

No tienes sentido en la individualidad, se te mide en parvadas.

La fila de tus hijos que ya no podrán contarse las plumas unos a otros: ¡Basta!

Liberación de pesadillas: corretear ancianos por el parque, arrojarles semillas, muertos de hambre: y ahí la maldita domesticación, el acabar con el instinto. Surcarás montes y prados, atreviéndote a desafiar las municiones.

Que no se fíen los silencios de tus alas. Después de crucificar amores, verterás la venganza en el arrancar los ojos.



Geraldy Flores Nadal 10 años
Dzilam de Bravo

LECHUZA

(*Tyto alba*)

Es la insondable noche el territorio de la lechuza
el disparar su grito de roedores con las garras.

Dentro de sus ojos naranja oscura
se prenden las llamas estelares.

Reflectores colgados de los álamos.

No se detiene el plumaje blanco ante la sangre
que cae en su conquista.

¡Agita la noche, lechuza,
los demonios esperan!



Karina Yaritza López Z. 11 años
Dzilam de Bravo

PAVO OCELADO

(*Meleagris ocellata*)

Remontar la selva dejando atrás la milpa.

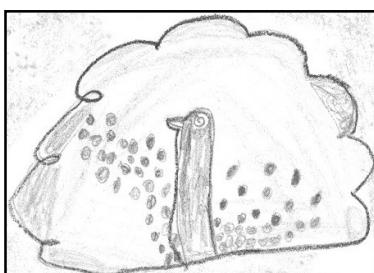
Ir en busca del sueño colgado de las ramas.

Recoger el fruto verde, brillantes gajos de sol.

El violeta de la ceiba en el plumaje de los pavos eterniza.

Se inunda de gritos el alba:

los pavos intentan escapar con su torpe vuelo
pero la muerte anida en su garganta.



Paula Patricia Cetral Dzul 12 años
Santa Cruz Pinto, Homún

PÁJARO RELOJ

(*Eumomota superciliosa*)

Azulados colores entre los ramajes del cenote.

Cuelga péndulos el pájaro reloj. Marca la hora justa en que los animales llegan a beber la respiración.

Guardián de agua, rememora, en el plumaje, el líquido sentir de la humedad. Esta piedra húmeda, este cenote.

Caricia lluviosa, canto y ritmo del cortejo en que desciende los péndulos oscilantes, y estira el cuello para picotear a los fantasmas de la fauna.



Héctor A. Domínguez Carrillo
11 años Dzilam de Bravo

COCODRILO

(*Crocodylus acutus*)

Debajo de la panza se extienden las memorias. Las escamas aprisionan el futuro de la ría.

No hay como acercarse al resoplar de fauces, para sentir el poder de la mandíbula, acerado precipicio del terror.

El cocodrilo nunca descansa: flota su destreza y renueva remolinos al atrapar la muerte.

NAUYACA

(*Agkistrodon bilineatus*)

Silenciosa, llevas la muerte atorada en los colmillos.

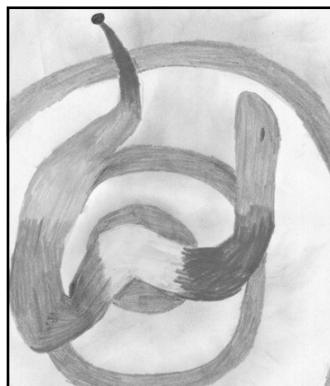
La escupes cuando sientes la invasión intimista recorrer la senda de tu refugio.

Enroscas el cuerpo sobre el polvo, buscando la venganza de la muerte niña.

CASCABEL

(*Crotalus durissus*)

Bajo la sombra de los árboles, al levantar el polvo del camino, cuando el sol vomita dolor sobre la espalda del trabajador del campo, ahí espera la muerte, enroscada, agitando la sonaja, llamando a la tristeza para lamer su herida. Ahí esta la muerte cubierta de escamas, ahí esperan las fauces y la rapidez de la mordida. Ahí queríamos llegar para calmar el espíritu en esta invasión de selva.



Karla Estefani Aké Díaz 9 años
Tixcacal Quintero, Huhí

IGUANA

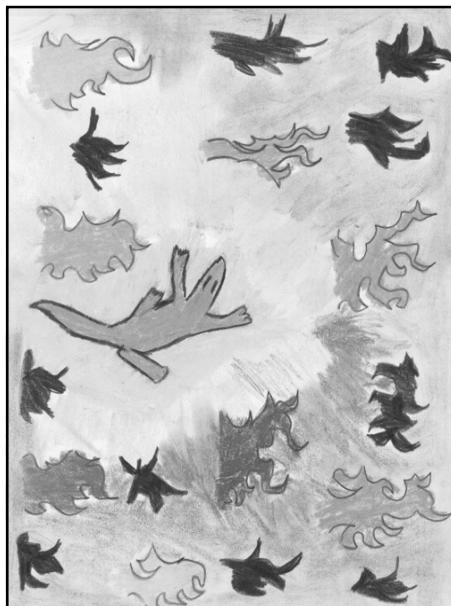
(*Ctenosaura similis*)

No se queman las panzas las iguanas por la voluntad de ser plazas de sol entretenidas en los ramajes del zapote.

Ni se quejan si los insectos pierden el ritmo de su vuelo de hambre.

Las frutas ilusionan la lengua.

En escamas verdosas la iguana guarda espacios de agua para los días de calor.



Maria Mercedes Cauich Uc 14 años
Tixcacal Quintero, Huhí

TORTUGAS

(*Terrapene carolina*)

Detén el tiempo sobre el carapacho, roca,
voluntad de polvo.

Arrastra la mirada de los huracanes.

Entierra el odio evolutivo.

Ríe la burla de transgredir la muerte.

Permanente pretérito en los escudos de su concha.

No pueden olvidar cómo crecen gota tras gota las estalactitas.

Acumulación de arena, extinción del Hombre.

Recuperar el polvo de la noche

que se vierte sobre la lengua de la tortuga
y su sequedad en los gemidos de su boca quieta.

Polvo y polvo.

Mancha en mancha.

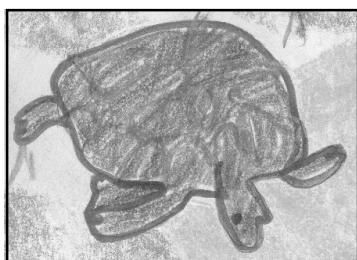
La silueta de los cedros detrás de su caparazón.

Y adentro del agua

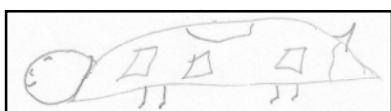
el silencio retenido de la lengua.

¿Hasta cuándo miraré tu fauce

cerrada sobre el filo de la luna llena?



Roselvi L. Cetzel Balam 12 años
Santa Cruz Pinto, Homún



Karina Yaritza López Z. 11 años
Dzilam de Bravo

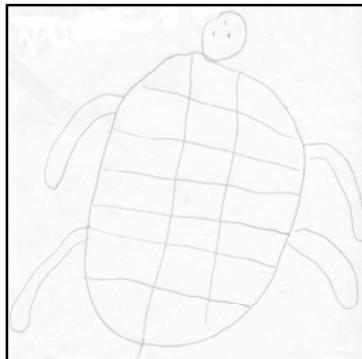
TORTUGAS CAREY

(*Eretmochelys imbricata*)

Antes que las mareas arruinaran el destino de permanencia en la profundidad, y la agonía por el deseo de ahogarse se disolviera, tu rencor por el aire era difuso.

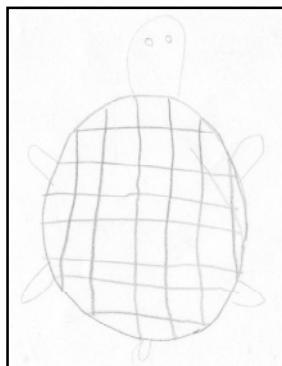
Pero el milagro de los castigos divinos recomendó a la muerte cumplir la penitencia de regresarte a tierra y traer los huevos, cada ciclo de tormentas.

Remontar la playa para depositar las crías en esas quedadas que atraen el hurto y la fiesta del Humano.



Jordan Ortega Domínguez 7 años
Dzilam de Bravo

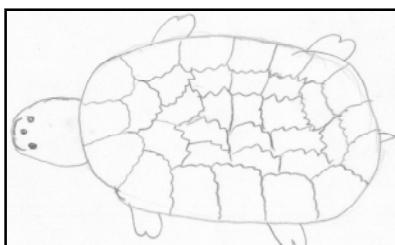
No hay que perder la voluntad histriónica de la tragedia.



Gerald Flores Nadal
10 años
Dzilam de Bravo

Desde encender los nidos, perseguir la luna, arremeter oleajes, esquivación de garras y picos. Arrastrar por años, lustros, el miedo de ataques contra la voluntad: sobrevivir las extinciones y la mirada hambrienta de las gaviotas y su revolución de alas. Competir contra los tiburones por el espacio de arena y vida. Arremeter bajo la sombra de la marea roja, atisbar la vida del oxígeno.

Vuelves cada año a dejar tus lágrimas de sal sobre la inhóspita duna que erosiona: erosiona hasta la laja.

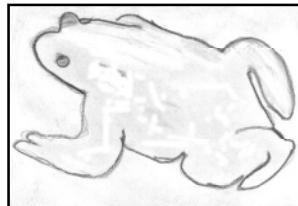


Rossellini 10 años
Dzilam de Bravo

RANAS

(*Tripion petasatus*)

Escondiéndose del sol,
bajo el musgo de las piedras,
las ranas traman
solicitar el ataque de la lluvia.



María M. Cauich Uc 14 años
Tixcacal Quintero, Huhí

SALAMANDRA

(*Bolitoglossa yucatana*)

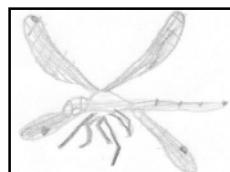
Que importa que las rocas se llenen de musgos, que importa la lluvia agitando las ramas de la enrarecida floresta; bajo los helechos nos convertiremos en agua, beberemos nuestra transparencia y la luna quemará nuestro recuerdo Humano, para habitar junto a salamandras.



Jesús A. Puc Ojeda 7 años
Tixcacal Quintero, Huhí

LIBÉLULA

Agitar los élitros sobre las charcas.
Dibujar siluetas a través de la lluvia
y sus prismas:
inquietantes giros del sol.



Yaritma Abril López Paredes 11 años
Dzilam de Bravo

TERMITAS

Es el destino regalando lodo y hojarasca.

No es que no se quemen de angustia con la creciente, con la marejada.

Ni es que de la lluvia se cuelgue el infortunio.

El termitero recogerá la vida de colonia.

No hay por qué preguntarse sobre el Comunismo: el imperio siempre es más atento que la negra calamidad de compartir destinos colgados a la sequedad en la corteza de los manglares.



Angélica B. Cetzel Balam

5 años

Santa Cruz Pinto, Homún

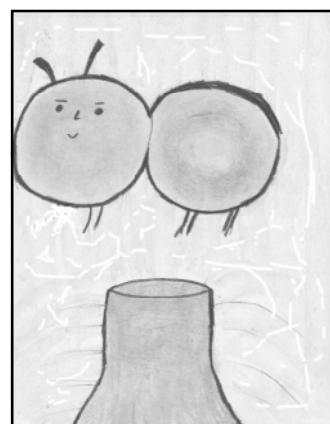
HORMIGA

Es pérdida de tiempo arremeter contra la tierra. Perseguir los túneles que transportan almidón del mundo hacia la entraña.

Esa transformación de carne y proteínas, diminuta fuerza, orden, certeza, voluntad en el recorrer la ruta trazada por los ingenieros y los inspectores que anuncian bajo el látilo del ácido fórmico los sueños de la Reina.

Crecen las guaridas y las mandíbulas silencian la mordida certera.

A través de las hormigas
escapan pedazos de la Humanidad.



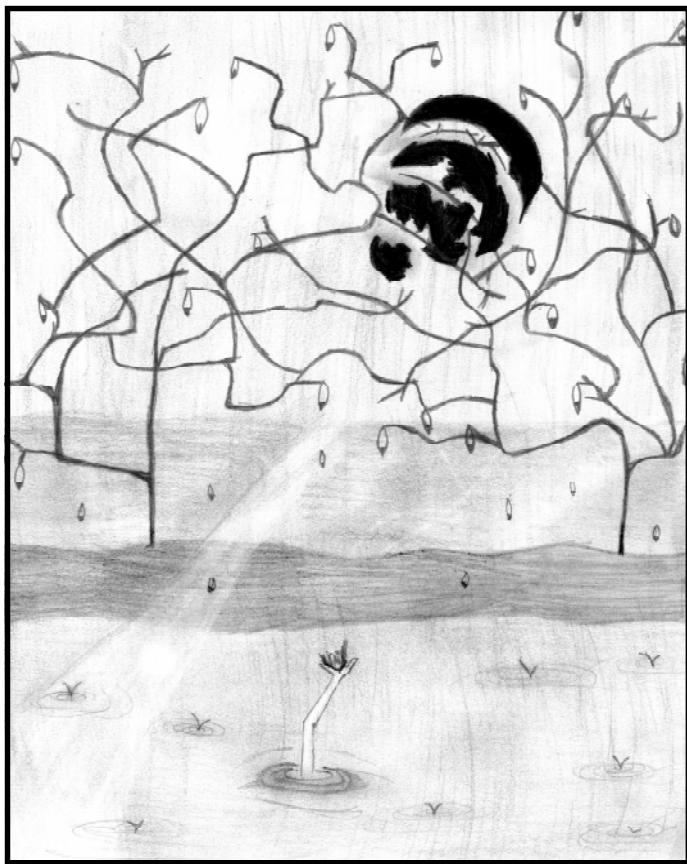
Angélica B. Cetzel Balam

5 años

Santa Cruz Pinto, Homún

el camino

para Nelson Ibarra



Una parvada de árboles y hojas
desciende por la tierra
marcando la brújula del tiempo
o la cascada estrepitosa del suicidio.

Winston Morales Chavarro

LA SOMBRA DEL DESIERTO

I

Las lágrimas recorren caminos de sueño en el tacto de las vértebras. El agua se abandona a las campanas. Hunde el cielo violáceo hasta las nubes.

Alaridos ecuestres simulan laberintos. En el oído dejan su herida las puntas afiladas de infortunios que circundan con sus átomos de agua, abren el vértice del equilibrio que dejó escapar las Furias.

Es entonces cuando los ribereños despiertan el diablo de su miedo. Concientes del último evento que asombra este Mundo de polvos y penurias. Empapados en sarna, apagan veladoras y dan la espalda a las creencias.

La ciénaga escupe sapos al patio de las casas. Trepan los cangrejos de tenazas robustas. Los flamencos se suicidan sobre los cables de luz que cuelgan en las ramas del manglar; los postes de ancla revientan. Todo se hunde en salitroso fango.

El ácido mar comienza a corromper metales: puertas, láminas de asbesto; ceden las columnas de los mercados, las paredes de los edificios públicos. Se arrugan los techos de cartón, antiguos regalos del Imperio a estos hogares de miseria que intentaban habitar sobre la ciénaga, dentro de los humedales de esta costa. Habitaciones armadas con bajareques, esos cartones oscuros como techos y paredes que, en camiones rotulados con el signo del Poder y la Riqueza, traen desde las ciudades hasta este puerto abandonado en el litoral. Esas láminas de cartón que fueron traídas por aquellos Hombres y Mujeres que presumen su Limosna, agrupados con la Cruz de los Leones, con la Marca de Asociaciones Civiles y sus discursos de igualdades, pero que duermen en sus lujosas residencias sin importar la filtración del agua cuando arrecia el cielo sus deseos de muerte. Esos seres de la ciudad que se han empeñado en jugar a sentirse Dios, de nada ha servido. En este momento lluvioso, cuando, al borde de dos provincias, la Humanidad espera transformarse en polvo de agua, padecen los gritos, y mientras con la sonrisa patean al Pobre, con lágrimas imploran la salvación a alguno de sus dioses.

Aquí, en este poblado pesquero donde, con el buceo para atrapar langostas, se han acumulado sueños de fuga en la mente de los jóvenes. Esa fuga que permitirá cruzar fronteras y poner los huesos lejos de la sal, bajo la sombra de los edificios en alguna ciudad alimentada de violencia, con la nariz atravesada por el humo de los motores; fuga que les permitió, en algún momento, sentirse parte de la globalización: vestimenta y ademanes pop. Fuga permanente de esta ribera, donde la historia, que revuelca la marea en la playa, se detuvo; han mantenido la costumbre (los ancianos no pueden olvidarlo) de construir casas con las maderas del aserradero. Crecer la ciencia de los hombres que saben modelar las células secas de los árboles, alargadas, cortas, anchas, ligeras, fuertes, perennes. Sueño de fuga revolcado por las olas. Sobre él se desprende el odio de Gaía, y aquellos jóvenes visionarios derraman a gritos sus ilusiones mientras miran sus Hembras dormidas, muñecas de barro, que disuelven ante el aguacero.

En este puerto pesquero, sólo los que han vivido como consumidores de turistas levantaron casas modernas: piedra sobre piedra elevan el suelo ante las crecientes olas. Palafitos de cemento bordean la seguridad del poderío monetario que presumen, sin embargo, amarrados a sus riquezas, también tiritan por el miedo.

Sin importar el poder de las monedas, cuando creció la angustia en la voz del radio y el viento al fin tocó puertas y ventanas, los Hombres, junto a sus familias, preparon azoteas para escapar al avance de los ríos de mar, lluvia y alardos.

II

Los ribereños escalan sus temores con niños, aún lactantes, amarrados a la espalda. Juntan papeles que los acreditan para un viaje que no comprenden. Destino de esperanza árida, donde las gotas del cielo no inundan la carne y el viento sea brisa fresca de luz. Se envuelven entre sí, con sus propias costras, para no sentir la heladez que arrecia: simulan glomérulos humanos.

Entre los ventarrones y las astillas húmedas que precipitan, ¿dónde descubrir tierra seca? No queda más que aferrarse a la Alerta Mundial que gritan las bocinas de los estéreos; y escuchar el estruendo, el rugido de océanos avanzando.

Cansados y al borde de la commoción, miran el cielo diluir. Sus rezos inútiles agitan la memoria. Leyendas de inundaciones ¿dónde queda la promesa de arco iris perpetuo?

El agua deslava arenas, arranca árboles, deshace casas, edificios. El Mundo refresca, se inunda. El mar precipita su enojo, aventando latigazos de espuma salada.

Crecen abismos. Surgen islotes humeantes de magma. Burbujea el mar sus calores de lava. El suelo del océano incendia, levantan fuego los volcanes. Derrite la nieve en las montañas. Los glaciares vigilan el tiempo de convertirse en lluvia.

El Hombre no halla sitio para esconderse de la persecución del mar. Se asesina por conseguir refugio (si puede haberlo). Los más pacientes, aquellos que desde temprano asumieron la venganza de Natura y la aceptaron con Honor, descargan furia entre las pieles de sus similares; esos que comparten las creencias del ¿qué remedio? Inmolando la diversidad se revuelven en orgiásticas liturgias. Perpetúan en tatuajes de labios la catástrofe. Se acomodan en las azoteas a contemplar la destrucción, con esa tranquilidad que los identifica: en cualquier lugar esperan el destino, mientras con las manos se arrancan la pasión de las hormonas, entregados a la fornicación. Y fuman hasta que el imponente brazo marino los traspase a otra Dimensión por la que se sienten ganadores creyentes.

Tú, en cambio, despertas en el puerto tras la vulgar Alerta colgada al campanario. Estiras los brazos. Hasta los oídos llega la voz herida de los muertos.

Se asoman a tu rostro los enjambres de aullidos: el agua de mar crece en las costillas de la gente. Mantiene adormilados, incrédulos, a los que huyen; éhos que sienten el deseo constante de aferrarse a una vida que ya no importa. Que siguen implorando el dominio tumultuoso de pasiones litúrgicas que nada significan. Rezan cuanta oración puedan copiar de las voces que zumban a su alrededor, como enjambres de dolor esquizofrénico. Se miran indefensos, llorosos y se ahogan en el mar que avanza, avanza, avanza inacabable.

Los observas correr hacia donde corre otro cualquiera. Tropiezan con cadáveres. Empujan, golpean por llegar a ningún sitio. Arden en adrenalina y arrancan a cualquiera un refugio ilusorio. Estallan de angustia cuando se descubren asesinos, y sin que alcance el tiempo para las lamentaciones, el agua los engulle.

El silencio de tus párpados suspendidos se trastoca en desesperación por un poco de claridad. Elevas el rostro. Extiendes las manos a los costados, lejos del cuerpo, perpendiculares al talle: te crucificas en la lluvia.

III

Estas desnudo sobre el techo de este Hotel que el mar devora, entre fantasmas del colérico viento, atado a las ráfagas que derrumban.

Dejas de escuchar el eco que mantiene tu lucidez.

Las campanas silencian cuando la iglesia del malecón acaba por hundirse. Los araños del ventarrón acercan el oleaje: ese monstruo famélico que traga, sorbe la luz y engulle el miedo latente en el cuerpo de los habitantes de este aniquilado Mundo. Gentuza incomprensible.

Ríes ante su derrota.

IV

La ciénaga rebosa caminos y el puerto se convierte en isla agonizante tras la marejada.

Cae de nuevo el oleaje sepultando civilizaciones, registros poblacionales en los archivos.

Gritos amontonados en la orilla.

Hombres Altos cargan a sus Mujeres, sufren la asfixia tenue de la muerte en los pulmones.

Los ancianos lloran sus años inútiles de espera. Concientes del destino, regresan a casa.

Relámpagos de vidrio, luz, diamantes (pupilas dilatadas), raspan la visión.

Los mangles agonizan.

La furia de cocodrilos arremete contra los animales de las granjas: mulas, vacas ególatras, inútiles bovinos que no entienden qué hacer con la creciente. Suben los altillos pero no alcanza. Caballos liberados intentan cruzar la ría, traspasar la ciénaga que separa el puerto del continente, relinchan su abandono.

Los perros son los únicos que no intentan huir. Se untan a los pies sin vida de sus amos. Algunos vagabundean hasta entrar en casas derruidas, buscando alimento. Cuando sacian el hambre, ladran a la luna que se anuncia entre las nubes: prisionera del espanto. Ladran porque, la muy díscola, no se asoma a despedir la Vida.

Todo el cielo es una nube grisvioleta.

V

Los habitantes que logran cruzar a tierra firme (de alguna forma se tiene que establecer clasificaciones en lo que resta del Mundo), escapan al poblado más cercano creyendo que la furia de ciclones se alejará en algún momento.

Vanidad de la conciencia.

Sonriendo, contemplas frustraciones y no te sueltas del poste de teléfono que, atorado sobre el techo en que te refugias, impide al viento secuestrarte.

Te ríes de esa inocente creencia de salvación. Reparas en el día del diluvio: el instante último de las creencias. El apocalipsis verde-azul-café y la Oscura.

La sabana, la selva, la montaña, todo se ahoga, todo lo que el Mundo ha conservado, detrás de la evolución, anuncia su despedida.

No hace falta correr, ni intentar salvarse, siempre será mejor contemplar el caos y entonar los cánticos que nos lleven a la Locura...

Agitar los brazos con la lengua entre las astillas de agua.

Vislumbres chapoteos en el líquido oscuro de la noche: los cocodrilos disfrutan el manjar de los ahogados.

La inundación es caricia.

Los dedos del oleaje recogen pieles y palabras cuajadas: las bibliotecas vomitan sus milagros, las páginas se lavan, se diluye el Pensamiento de tantas generaciones.

Pasan helicópteros como insectos comprimidos: retorcidos metales que el viento lanza de un lugar a otro.

El grito es inmenso, el trueno calla. El agua se congela por los cuerpos sin vida.

Arrecia el cielo, las casas desmoronan.

Se acercan pedazos de icebergs, restos del deshielo.

El viento, círculo de sombras, atraviesa el cerebro.

Elipse de dolor en ojos. Su remolino electrizante te absorbe del techo de la casa en que esperas la inundación. Vuelas como papalote sin equilibrio, sin brújula. Flotas en la lluvia, junto con láminas, papeles, árboles, vehículos y las mujeres muertas de cabellos multicolores: desfile de senos, desnudeces, parpadeos de luz, cegadora luz violeta y Oscuro.

Cadáveres en las alturas. Evitas el golpe, zigzagueas. Giras dentro de la lluvia, bajas por el tobogán de viento, subes nuevamente.

Se anuncia el silencio en la madrugada.

VI

El mar, pliegue de esta alfombra de cielo. Pradera de luz brincando olas.

No más nubes. El sol despunta en horizonte.

Despiertas. La luz rasca los ojos.

La soledad crece cuando la mirada recorre kilómetros de agua.

Flotas sobre una lámina que consideras parte de algún automóvil.

No distingues sombras. El océano en planicie se extiende hasta agotar el recorrido de la mirada.

Azulrojo de mar, su transparencia invita a rendirse.

En el fondo dos mantarrayas copulan con la arena: sepultura para el inconcluso náufrago que te presientes.

Miras en el fondo, los arrecifes de cadáveres y sus ojos fijos que llaman a la Muerte.

Cierras los ojos y dejas el brazo izquierdo flotar sin fuerza.

VII

La noche revienta colmada de estrellas, cadenas de luz en la oscuridad que se agiganta. No distingues donde termina esta inesperada balsa que te sostiene.

El viento ya no gira.

VIII

Amaneces en brazos de la niebla.

La corriente te conduce hacia la silueta de una isla. Su sombra rompe la línea perfecta del horizonte y se nombra Destino.

Los pies se arrastran al fondo y en los dedos se enredan rodofitas ardientes. Dejas la balsa flotar a lejanías. Nadas pisando el fango. Corres, bogando entre el sargazo, hasta la playa.

En lo alto, un círculo de fragatas contempla la estela de espuma que dejas y las huellas ondulantes que marcas mientras corres tierra dentro.

Sed.

Cruzas la primera duna de arena y la vista duele en las hectáreas de amarillo que vislumbras.

El mar es rumor de olas, la brisa contagia frescura.

Caminas hacia cualquier parte con tal de alejarte de oleajes irreverentes, montañas de agua que arrebataron la conciencia, quieres olvidar la sal de la lengua.

No existen refugios de sombra, no hay palmeras ni árboles ni arbustos en tu visión cansada y húmeda.

Arena, amplia arena al horizonte.

IX

Se mueve la luna y tus pasos disminuyen.

El ambiente árido extendiéndose.

Arrastras los pies como foca.

Da lo mismo morir en cualquier lugar, aquí, metros adelante, hacia el norte, hacia el sur, hacia el sol. La arena cubrirá tu carne.

Los huesos serán un fósil más que perderá sus elementos.

X

La boca cuarteada.

Heridas y costras dibujadas en los puños, la frente, las costillas.

Los ojos arden, la noche hiere y el silencio es la mano de un gigante por la que caminas.

Crece la sed como una telaraña de baba entre los labios, la lengua y el esófago.

Una pared de rocas se eleva ante tus ojos.

El viento estalla sin violencia. Te persigue y los granos de arena astillan.

El grito de remolinos recorre la columna vertebral.

No te conformas con la deshidratación solar, sin embargo el recuerdo de la soledad aprieta párpados. ¿Acaso vuelven los huracanes?

Corres, con el último aliento de las venas, hacia la pared de rocas.

Entras en alguna de sus cuevas.

XI

Delirante, sediento, con hambre, desfalleces y escalas las nubes del sueño. Recuerdos amontonados en la corteza del cerebro corren hacia tus pupilas, atraviesan la conciencia, circulan en la sangre.

El huracán arremete contra la memoria, el cansancio te vence. La garra del viento no te atrapa en esta entraña de la tierra.

Sus dedos lo intentan, pero te arrastras dentro, a lo profundo, te hundes hasta que el miedo y la sed, detienen la conciencia.

MIRADA DE MANGLARES

I

El agua dulce que filtra la roca en esta cueva toca los hinchados labios.

Te arrastras por túneles sin ver a donde te diriges.

Un aliento fresco en la nariz sirve de astrolabio. Lo persigues y avanzas metros pecho tierra hasta distinguir luz.

Abandonas la roca. El sol quema los párpados. Con la mano como visera, contemplas: sombra al horizonte. Tratas de alcanzarla.

Dentro del Destino el ambiente refresca.

Estás bajo el follaje de un petén.

El mangle negro enreda ramas con las ramas del zapote.

Las caobas y los cedros, de fustes amplios, elevan, ignorando la agreste sequía en derredor, la razón: un cenote y una laguna alimentan esta vegetación exuberante en pleno desierto. Cortinas de helechos bordeando el agua.

Álamos, ficus, y un exceso de leguminosas, entre los helechos, pastos y orquídeas volátiles de remolinos circenses que matizan con sus rojos, naranjas, azules y amarillos, este intenso gradiente de verde. Las bromelias dan sus matices aquí, allá, sobre los cedros, brochazos de amarillo y violeta, invitan a la contemplación de Natura. Se dibujan los globos cafés de los termiteros. Y un aleteo de pájaros descuelga su rumor en tus oídos.

El manantial inmenso, extiende por ambos lados hacia donde la vista alcanza.

En la orilla, enormes árboles de mangle rojo dejan expuestas sus raíces como mujeres que levantan las faldas para no mojarse.

En el centro, un pequeño islote rodea un anciano cedro que amarra las ramas a las de un tintal que llora sus taninos.

Alrededor bailan los arbustos bajo las patas de garza que identifican a los enormes manglares rojos que destintan su pudor de verse sorprendidos.

Entre los pigmentos malta que recorren gajos y vierten su corteza sobre la luz, se cierran los poros que manan sal, en el penar del agua evaporada que sube hasta las nubes.

Tragas sorbitos de agua dulce, te arde el rostro, duelen los labios.

La voz del pensamiento detiene su taquicardia y, por un momento, sientes tranquilidad en la mirada. Sensación que no alarga sus pasos, y no logra conducirte a la tranquilidad del sueño, te dispara la adrenalina y te sientes parte de la Muerte.

Un chapoteo y despunta la sal sobre la piel de cocodrilos cruzando la laguna.

En las alas de garzas grises escapan larvas de caracoles.

Multitud de manglares cubren tus heridas al sol y una colmena de termitas arrastra sedimentos y hojarasca que roban al manto de la laguna.

Del norte viene zigzagueando la corriente.

Es ahí donde el mar debe tener presencia. No imaginas la distancia, ni quieres recorrerla, estar lejos de la sal satisface, enorgullece saborear la Vida.

Una comparsa de flamencos baila en la distancia.

Sentado en la orilla de la laguna remojas los pies agrietados. Pones especial cuidado en la lejanía de cocodrilos. Te recuestas sobre la hojarasca.

Tienes hambre.

El cansancio domina párpados y te dejas arrastrar hasta la calma en este reducto de selva.

Ruinas de caracoles abandonan la respiración pulmonar en el resto de crustáceos invisibles, Iodazal químico sedimenta córneas de pájaros.

La pupila del mangle recuesta su mirada en las clavículas.

Con la lengua relames la corteza salitrosa. Inminente el destino del naufragio y la supervivencia cierra su cofre.

El diálogo de tiempo y silencio se establece.

En los manglares escapa el idioma, te desenredas del Mundo. El silencio aprieta la mente, duermes sin emitir sonidos ni consumir neuronas. Olvidas.

Niegas permanecer en la evolución, te dejas guiar por la inconciencia, el sentimiento de consumar destino propio, inmemorial, ¿qué sucedió? ¿en qué momento? ¿a quién?

A nadie, no puedes dejar el corazón latiendo.

II

Las alas de los pájaros revierten el silencio y la armonía de los sapos te conduce a lidiar con la locura.

El idioma humano confunde y nuevas voces te pueblan, no abres los ojos, escuchas y ríes de este sueño trágico de ser náufrago, de encontrarte refugiado en un petén, cobijado por manglares rojos, arropado por la hojarasca y el detritus. ¡Estar vivo!

Tu cuerpo comienza a ceder. No logras abrir los ojos.

El costillar no eleva como antes, para consumar la respiración.

Olvidas, olvidas...

Alguien vierte miel en los labios, lodo en los párpados, sientes la frescura y el aroma del fango.

La vista se aclara. Abres los ojos y los colores son intensos.

Un enjambre de abejas cruza el rostro. Descubres que los cocodrilos se acercan por la laguna. Esperas indefenso.

Ríes al darte cuenta que planeas disfrutar cómo las fieras despedazan tu carne. Los pensamientos se confunden.

Los pájaros gritan. Parece que entendieras sus lamentos.

Los manglares bajan ramas hasta cubrirte con sus hojas.

Cuelgan sobre ti, de un tronco, monos; de otro árbol, cuelga la cola un jaguar enorme y hermoso. No hay miedo.

Planeas ver como te despedazan, imploras en el subconsciente que te dejen los ojos para mirar como tu carne los alimenta.

El canto de los pájaros es alarma, el sentido de sus acentos aclara el ritmo de las entonaciones, muta su canto en grito de peligro.

Abres y cierras los ojos.

El gruñido del jaguar sentencia. El sonido que escapa del hocico de los cocodrilos, es el reto. Jaguar y reptiles disputan la presa. Los monos ríen. Se ríen de tu angustia.

Pero el destino incide con tu cuerpo y antes que las arrugas de la piel desaparezcan, la lluvia gotea sadismo sobre la cabeza.

Lloran las hojas del conocarpus y el rizófora estira las piernas para caminar hasta tus ojos. Sus ramas te recluyen.

No eres el único que respira bajo estos árboles, son más los animales que están bajo sus ramas.

Sientes la mirada de las hojas sobre tus clavículas. Eres el retorno de la evolución.

Tienes ampolladas las manos, el silencio atorado en la lengua.

Eres el respiro de una especie que se extingue, imploración de misterios que se evaden.

Los sistemas filosóficos morirán, en este bosque de manglares, en los dientes filosos de una especie que dirá, al fin de tu existencia: él último Humano tuvo sabor amargo.

LOS LABIOS DEL TAPIR

El beso de unos labios carnosos despierta la conciencia y respiras el aliento fétido de este gran mamífero. Su peso de montaña atraviesa pastizales, como universo de calma que, gota a gota, culmina sobre piedras y descansa su inmensidad entre las aguas calmadas de la laguna.

Su respiro de recuerdos se atora en la garganta, y contemplas los años detenidos en su piel. En esa mirada tan ajena a todo puedes viajar el tiempo hasta el principio del cretácico, y no esperar componer el día en que la amistad con el humano terminó:

Fuiste cazado durante siglos, y de tu carne se alimentaron niños carnívoros que un día se volvieron cazadores, para concluir esa persecución de muerte.

Ahora, cuando puede tenerte bajo las patas y aplastar tu cráneo por venganza (su especie implora), suda lástima para no mirarte a los ojos, involucionado, filo de inexistencia.

Fue su sombra el auxilio en el grito de los pájaros que contemplaban tus pedazos agonizar sobre la hojarasca, frente a las fauces de cocodrilos y garras de jaguar.

Te otorgó esta inesperada vida que ahora tienes de abandono.

Inmenso tapir, sobas tu trompa, tus labios ásperos, enormes labios carne, con el triunfo ancestral de cazadores que corrieron su hombría, y te tenían por trofeo.

Hoy te obsequia el lomo en auxilio, te baña en esa laguna que conquistó con ansias de sabio. Luego de contemplarte Humano, el tapir, por medio de la leche de sus hembras, te alimenta.

EL GRITO DEL JAGUAR

Desde el día que el tapir te devolvió la vida, la lucha no concluye nunca entre el jaguar y tú.

Todas las mañanas, muy temprano, tienes que permanecer alerta, porque te muerde las piernas si te ve dormido.

Sabes que no quiere matarte, tiene la fuerza para hacerlo, le divierte verte indefenso ante sus garras; necesita tu dolor, arriesgadas violencias.

Tal vez el tapir le dijo que eres inofensivo. Que sólo exiges respuesta a la derrota de tu especie.

El jaguar te mira sobresaltar las noches, cuando elevas oraciones, necio, a dioses que, escuchen o no, nada hacen por devolver la paz y la cordura.

Te defiendes y, en venganza, le has asestado carizas en el lomo, ocultándote entre las ramas del cedro. Cubriéndote con lodo para disimular tu olor. Has hecho brotar su sangre.

Tienes conciencia que desde sus colmillos y garras, el mundo se ve diferente, sabes que puede medir la debilidad del enemigo. Eres anhelada presa, no tienes nada de depredador, no tienes armas para dominar a las fieras. Era sencillo tener a los animales siempre atemorizados por la pólvora.

Te sabes a su merced, en lo mas bajo de la cadena alimenticia, no tienes garras, no eres veloz, no te acostumbras a caminar descalzo.

No hay temor, repites una y otra vez cuando cae la noche. Tu vista se apaga en la oscuridad: los sonidos inquietan.

La raza del jaguar ha sido siempre tomada como enemiga de tu raza extinta. Cuando los tuyos invadían selvas, desmontando, para que el ganado doméstico se dedicara a pastar (agrestes cultivadores de carne), sufrían la presencia de jaguares que mermaban los hatos; rifle en mano, estallaban cólera disfrutando conseguir esas manchadas pieles.

El jaguar camina pisando el viento, detiene el aliento del odio.

Sus ojos estallan mirada de muerte, venganza. Odia y desea clavar los dientes enormes. Morderte y escalar, con tu cuerpo en las fauces, árboles, donde irá desmembrándote hasta que la carne se descomponga y abandone tu cadáver a las arpías, a los cari caras.

Siempre marca su distancia, y eternamente se detiene en la copa de los árboles para estar arriba de ti. Por tu lentitud para huir de las mordidas, te sigue perdonando la vida.

El jaguar conoce el miedo que inspiran sus huellas, es dios de tribus antiguas. El aliento de sus fauces te despierta y sientes la garra recorrer el cuello, reconoces su empeño en endiosarse.

Se sabe fuerte, se reconoce en el espejo de la aguada, disfruta el miedo que inspira a venados y pecaries; su fuerza está mas allá de los rugidos.

Oculto entre las manchas se pierde bajo las sombras, en espera de alguna presa, ansioso de aferrarse a yugulares o prenderse en las caderas; silencioso, mira escapar la vida por las pupilas de sus víctimas, tiñéndose de rojo, enseña los dientes a la luna.

En las noches se aleja de la cueva que compartes con el tapir y su familia. Regresa hasta el medio día, con las fauces y las garras untadas de sangre. Cuando entra a la caverna, a platicarle al tapir los acontecimientos de las demás especies, lo observas mover los músculos en armonía.

Su mirada se posa en tu cuello; te cubres con la mano y alejas la vista hasta de su sombra.

Le tienes respeto. Sabes que si alguna vez sus gritos inquietan, ese día, este paraíso no tendrá razón de ser, la venganza escalará los cuerpos y sus habitantes acabarán matándose.

De la fuerza y la inteligencia se distingue de todos los animales que comparten el petén; pero tú eres el único que sabe manejar el fuego y al jaguar eso le molesta.

LA TARDE DE LAS MANCHAS

Los que supieron del mitin se reunieron temprano. El jaguar había convocado. Aquel día la lluvia llenó a todos los habitantes de hastío.

Querías convencerte de los errores del pensamiento acerca de: Todos felices por la vida en comunión. Sin embargo, tu formación impide ser condescendiente. Los animales tienen su valor pero también la humanidad, ¿dónde estuvo el error que condujo a la catástrofe?

Concilian si pueden exponerte las razones de seguir refugiados en este bosque gigante de manglar o salir en busca de otro paraíso. El desierto es amplio y la jornada larga. Aunque la laguna se pierde al horizonte, semeja sitio de conducción hasta el mar, recorrerla supone riesgo enorme, piensas, que al igual que el cenote debe tener corrientes subterráneas que la alimentan, remolinos que tragan. Atravesar el desierto es opción, única, de fuga. No tienes memoria de la manera en que llegaste a este lugar. Días de arena y costras.

Los felinos te acosan, ofenden y gritan que no quieres compartir el secreto. Amenazan tu vida. Ríes asimilando que no intentarán destruirte mientras esa duda los siga atormentando.

Conoces tus capacidades, lo poco rápido que puedes escalar un árbol, así que siempre te paseas de un lugar a otro con una vara de chicozapote en la mano a la que le has sacado punta con una roca. Los felinos reconocen la destreza con que usas la vara, su flexibilidad y el ardor que deja. Te sientes protegido por instantes.

Esa tarde, todos querían arrancarte la vida, el jaguar, con parsimonia, escuchaba las quejas. Te lleva impreso en la mirada, tu olor pasea su lengua. De un rugido calla los planes de los felinos por apoderarse de tu cuerpo. El yaguarundi, con traje negro, alisando los bigotes con las patas cortas, claudica la idea, prefiere se aclare eso de: No poder corretear conejos, ni tepezcuintles.

Todo recuerda el circo que ocurría en las cámaras gubernamentales de las ciudades, el mas fuerte (poderoso) escucha y al final da su veredicto.

El tigrillo, levantándose en dos patas, expone razones de porqué mantenerse en el petén conviene. Los pumas no pretenden quedar sin emitir su opinión, la han guardado para el final. Advierten, en su intervención, no estar dispuestos a perdonar la vida a los venados si estos cruzan el sitio de su nicho.

Observas y en tu mente se transforman las figuras de los felinos por la de esos círculos de estúpidos que dirigían países como el que habitabas. Las garras y los colmillos dictarán sentencia, para qué escribir leyes si la fuerza de los músculos y la velocidad es suficiente.

El ocelote esta en todo con el jaguar, lo apoya sin pensar, es un gato muy ligero de pensamiento y prefiere que aquel dé las órdenes. Quién como el ocelote para cumplir los caprichos del jaguar, los cojinete de sus patas siempre dejan huella tras sus huellas.

Los tigrillos que habitan el petén, después de su intervención, forman grupo aparte, luchan juntos por sus ideales de mantenerse vivos. Respetan al jaguar porque tienen poca fe en la dirección del tapir y lo aborrecen. Así que la idea del jaguar de explorar el mundo no les es indiferente. Como felinos, sus recuerdos del humano son malos.

Uno del grupo lleva un anillo de acero en la pata derecha. Sin pedir permiso, por supuesto, lo has examinado cuando dormía y reconoces los caracteres que indican que pertenecía a un zoológico. Imaginas las penurias por las que ha pasado y estas conciente de todo el daño que los de tu especie les han puesto a través de la historia. Sientes lástima, pero no justificas que quieran atentar contra tu vida.

Los años de espera son muchos. Para muchas especies, como tú, sólo machos o sólo hembras lograron sobrevivir a las inundaciones. Mantener la raza es concepto nulo. El tapir da consejos para continuar la vida sin pensar en eso. Su ancianidad le permite la abstinencia. Pero imaginar la juventud, una rebeldía para el cuerpo, controlar la naciente fluidez de hormonas que seducen la pasión en la imaginaria. Miras a los felinos enredarse unos a otros, combinarse, cruzarse, y, por imitación, te acercas a los monos, pero en este sitio los monos son pequeños y te ahuyentan a salivazos. Las satisfacciones sexuales, permitir el hibridismo, fue punto de discusión en el mitín.

Entre felinos, las hembras que existen son pumas, con carácter ríspido y zarpazo de hierro. Con la ferocia aumentada, les gusta andar solas, brincando entre las raíces de los manglares rojos, al acecho de venados y temazates. Pero dada las restricciones del consumo de carne, dictada por el tapir, se alimentan de la savia que corre por la corteza de los chicozapotes que abundan en el norte del petén; se pasean en círculos, horas enteras, junto a la roca que tienen como casa. Comen frutos del corcho o de la jícara.

El mitín resultó inútil, (¿acaso esto no es pleonasmo?). Sólo se cuenta con uno mismo. El jaguar lo sabe. El ocelote no. No queda más que esperar la confusión de una guerra de especies, ¿o es que acaso podrán vivir juntos tantos animales diferentes?

EL SUEÑO DE TUCÁN

Como la luna estuvo inquieta dos noches seguidas, aproveché ir a ver el amanecer colgado de la ramas de la ceiba, al sur del petén. Ahí las dársenas agrietan la tierra. Mi vista no se cansó de ver los miles de colores que hay entre el naranja, el rojo y el amarillo que nacen con el sol, reflejado en esas aguas serpenteantes.

Cuando descendí la selva y tomé camino hasta mi cueva, atravesando lianas que cuelgan de grandes avicencias pardas, tropecé con un agujero que abría verticalmente, justo encima de los zancos de un enorme mangle rojo.

El grosor del árbol era de más de tres metros de diámetro, y su altura alcanzaba a levantar hasta las nubes. Me sentí mareado por semejante altitud, quise entretenerte en mirar dentro del agujero, persiguiendo termitas.

Mi cabeza cabía completita; en el interior se acumulaban hojas; me paré de puntillas sobre las grandes raíces del mangle e introduje mis manos y mi cuerpo hasta la cintura. Luego escalando con los pies, conseguí entrar por completo.

Hacia el final del agujero, en la parte de más abajo, como acercándose al suelo, por el interior del árbol, se veía algo de luz. Me fui arrastrando hasta llegar a una desviación del mismo túnel. Escuchaba un parloteo por el lado derecho del camino, decidí adentrarme por el camino izquierdo y no ser visto. Cuando llegué al final de esta obscura ruta, asomé la cabeza y, justo abajo, había una reunión de algunos animales del petén. Todos los escépticos, los revoltosos, los egoístas...

Un tucán presidía. Se aclaraba la voz cada dos segundos y de su enorme pico lanzaba injurias contra la lechuza, y contra la ancianidad del tapir. En su discurso pude sentir que el ave había enloquecido; recordaba el Viejo Mundo y reclamaba su búsqueda; no aceptaba el destino creado por la furia de los dieciocho huracanes que habían devastado. Repetía las lecturas de un Gran Libro (así lo llamaba), que hablaba de una lluvia eterna. Luego leía un párrafo, para después cerrarlo, asentir con la cabeza, mirar a la concurrencia fijamente: «se dan cuenta, justo como sucede ahora».

El tucán y su plumaje azul-negro-verde, con el pecho y el cuello amarillos extendía las alas; estaba seguro que camino al sur del petén encontrarían otro terreno con posibilidades de poder habitarse. Ya no tendrían que seguir soportando los mandatos del tapir. Porque eran injustos, y no abarcaban la diversidad que todos ellos representaban. El pobre y tonto animal, en su senilidad, decía el tucán, pretende que nos alimentemos sólo de frutas. No se da cuenta que los animales, él incluso, están comenzando a pasar hambre.

— Estoy de acuerdo, dijo la zorra, ya que hace tiempo que no engullo ni un poquito de carne, mis muelas están hartas de las hojas, es difícil, hay mucho animal que se me antoja.

El tucán levantaba el pico, oliisqueando el viento: dense cuenta que los animales somos diferentes, no es posible que quieran hacernos iguales.

Un conejo defendía al tapir diciendo, que aquel quería lo mejor para todos; que grandes garzas sobrevuelan diario los alrededores, hasta más de doce millas y no han logrado encontrar otro hábitat digno de poder sostener especie alguna. Se han intentado muchos

vuelos y todo ha sido inútil, gasto de energía, que se traduce luego en hambre, ¿quién quiere seguir volando lejos bajo estas condiciones?

El tucán rezongaba, aporreaba el Gran Libro en el madero que servía de atril, y decía: vuelan del lado equivocado. Es hacia el sur a donde se debe volar, en este Libro esta la clave. Están volando mal.

— Al sur está el desierto, no tiene fin, ¿quieres morir en el intento?, aclaró la zorra. Si no tienes nada nuevo que decir, si no tienes un plan bien estructurado, esta reunión no tiene sentido, hasta ilegal es. Si quieras volar por el desierto y morirte, adelante; total, uno menos en el petén implica mas comida.

Los animales comenzaron a reírse, abandonando al tucán que suplicaba entendieran, que la idea era brillante, que estaba dispuesto a ir si convencían al zopilote rey de acompañarlo, ya que tenía las alas más grandes.

— Que iluso eres tucán loco, el zopilote rey estará encantado de ir contigo. Cuando te fatigues por el viaje y desfallezas, te cenará, mi amigo. Y con la energía que le brindes como alimento, emprenderá el regreso, para contarnos lo bien o mal que sabes. Y lo dejaron solo con sus ideas y su Gran Libro entre las alas.

Se sentó en un montículo interior del mangle y comenzó a llorar.

Decidí acercarme. Al descubrirme, se retiró hacia lo más oscuro del recinto y trató de evitar mi presencia.

— Yo vine de ese desierto, dije. No se cuántos días caminé. Estoy seguro, que lo que hay detrás del desierto no es un hábitat mejor.

— Entonces, ¿qué es lo que hay del otro lado?

— Del otro lado está el mar. A donde tu mirada se dirija sólo se ve mar, litros y litros, millones de litros de agua de mar. Y en el cielo no se ve volar ni un ave. Casi muero para poder llegar hasta aquí.

— Conozco la historia, no tienes que contármela, me dijo fríamente, mientras habría el Gran Libro para mirar. Este Libro lo dice claramente: No volveré a destruir la tierra.

— Préstame tu Libro.

— ¿Sabes leer estos signos?

— Aver..., sí, es un idioma que utilizó mi especie. Existían muchos lenguajes y éste era uno de aquellos, pero nunca logré dominarlo. Este libro fue conocido como La Biblia, pertenece a una religión que mucha gente (yo incluido) dejó de tomar en cuenta, luego de la muerte de uno de sus principales impulsores: un tipo calvo que se volvió su líder por casi 30 años; bien, pues cuando aquel hombre murió, hubo muchos resquebrajamientos en esta iglesia, y en muchas regiones del planeta se rescribieron pasajes, cada quien amoldándola a su conveniencia. Hubo muchas muertes, Guerra Santa le llamaban, pero para mí era Santa Tontera. Eso terminó por poner el caos en esa religión, después pasó lo que ya sabemos. Todos esos recuerdos murieron junto con los de mi especie.

Alguna vez quise ser creyente, pero tuve mis dudas cotidianas. Lo que en este Libro está escrito no son más que fantasías, ideas de dioses y castigos, de hijos de dioses, para nada diferente a todas las otras religiones que habitaban la mente de los de mi especie, por eso se volvieron obsoletas. Y por eso se afirmó lo que conocimos como las Creencias

Propias. Al Ente con que cada quien se identifica, y, al menos en mi caso, que me he formado en la memoria; eso brinda diversidad, porque nunca será parecido a alguno otro. Te diré una cosa, cuando era joven, creía ciegamente en este Libro... mis padres me hablaron tanto de esa religión (ellos la practicaban), todo un rollo de un Dios de amor, y cosas, hasta cierto punto agradables, un hombre interesante que se deja asesinar...

— Espera, no te estoy siguiendo ¿qué..?, me detuvo, aburrido, el tucán.

— Olvídaloo. Lo que quiero que sepas, es que un Libro no te dará las respuestas que necesitas, pero si te permitirá establecer ideales propios. Por eso creo que tienes valor para intentar esa hazaña de la que hablas, volar a través del desierto. Sería riesgoso, pero, si estás decidido, deberías emprender la aventura, aunque sea solo. La zorra tiene razón, si vas con el zopilote rey, acabarás siendo su cena. Lo que es un hecho es que si no estás a gusto aquí deberías ir tras tus sueños.

No se si el tucán hizo lo que tenía en mente, sólo se que nadie lo volvió a ver. Lo raro fue, que convenció al zopilote rey de acompañarlo, a pesar de las advertencias. Desaparecieron más de dos meses.

El zopilote rey surca de nuevo los cielos del petén sin alejarse mucho de un radio de doce millas alrededor. Los animales piensan que, al final, el tucán se volvió su alimento, el zopilote rey nunca ha tocado el tema.

ABRAZO CONSTRICCTOR

La soledad está creciendo alrededor. Mis ojos evaluando posibilidades. Mi cuerpo estudiando las estrellas, mapa de cielo soy. Me tatúan las colmenas sus constelaciones de vida. Son las boas que se arrastran por las piernas, se retuercen con sus vértebras gigantes, con sus labios fríos, sus escamas me hieren.

Al no poder remojarne entre las piernas de hembra humana, copulo con las boas, me enredó en sus orgías y derramo semen sobre sus alargadas pieles.

Pasan su lengua en las axilas, y el éxtasis de mis recuerdos desaparece. Ahora soy medio boa, aserpentado, con los brazos y las piernas rodeando heladas sombras, vigilante de no morir en el abrazo de sus músculos.

ENÉRGICO DISCURSO DE LAS ALAS

Un amanecer el cenote despertó lleno de plumas. Plumas desprendidas en el baño frenético por quitarse la arena del desierto después de cada viaje, y con ellas escurrir el miedo unos cuantos días.

La luna guardó los rastros de esas aves discutiendo por alimento, por libertad.

La vida fuera del petén no se ha recuperado, y no se ve para cuando. La comida exquisita ha empezado a escasear.

Y eso es que todos en el petén nos respetamos, no comiéndonos unos a otros.

No permanecen en este islote de vegetación especies cuyo carnivorismo atento contra las poblaciones, y las que están en el petén, se cuidan de sólo comer carroña, enflaquecida carroña, porque generalmente los que mueren son los que no logran acostumbrarse a dejar de comer carne y su muerte es por hambre.

Las especies que no están de acuerdo con este sistema de vida, abandonan el petén.

Pero ni las aves pueden ir lejos. El desierto es inconmensurable.

Por eso es que la discusión sobre las rutas de vuelo fue ardua. Nadie quiere ser avecilla de indias en estos vuelos experimentales, alejándose unos kilómetros más cada día; el riesgo de morir de cansancio al regresar es demasiado para ser tomado a la ligera.

Muchas veces me he pasado recogiendo plumas para adornar mi cuerpo, pero las miradas del águila y el cari cara me han espantado un poco.

Se que esos picos pueden arrancar mi piel. Ellos también saben de lo que soy capaz, me han visto salir a cazar iguanos al medio día, a escondidas del tapir y la lechuza.

DESGARRANDO IDEAS

para Teresa López

No necesitaba pensar en la traición. Sentí que la palabra se había perdido en los recuerdos después de la gran lluvia. Sin embargo, hoy la caminata fue de luto; la tristeza rondó el bosque, y nadie quería emitir ningún rugido, graznido. Sólo yo grité trepado en la parte mas alta del zapote.

Grité con toda la garganta, sobre el camino de mis huellas en la arena, con dirección al mar que me trajo a este petén; alarido que me hizo recordar el miedo de arrastrarme en las ciudades, el miedo de ser de nuevo asesino, como aquellas veces que practiqué la cacería, el temor de verme involucrado dentro de la maldad, en la conciencia de ser violento.

Como el trueno y el relámpago mi aullido hizo levantar los ojos de todos los animales. Sabían el dolor en mis pulmones. Veían como el rostro se había vuelto escape de agua.

La zorra había lamido las manos, el rostro, sin poder consolarme. Las boas se enredaron en los pies, pero los estertores de mi cuerpo no cedían. Me amarré a una ceiba, de cabeza, colgado por los tobillos con unas lianas, de una rama, como a quince metros de altura, quería calmarme, detener el odio de venganza que recorría la espalda, y hacia que apriete los puños hasta enterrar las uñas en la palma de las manos. Comencé a columpiarme y el vértigo trajo paz a mi pecho, pero se me quedó el cerebro hinchado.

Los felinos vieron mi coraje, sintieron la presencia del odio de mis gritos, erizaban el lomo y en círculo se iban alejando hacia la orilla oeste del petén, se preparaban contra la acción que yo tomaría.

El puma no fue con ellos, se trepó a un gran mangle rojo y sin cerrar los párpados dormitaba conciente de su fuerza.

El jaguar tenía la piel aún manchada en sangre, igual que el ocelote, y los cinco tigrillos tenían las garras quebradas y en los colmillos atorados pedazos de carne.

Fue el temazate el que los descubrió, y al verse sorprendidos, con las fauces sangrando corrieron tras él sin lograr darle alcance.

El pequeño animal reunió al tapir, los venados, los pecaríes y demás mamíferos, así como a todas las aves y reptiles dentro de la cueva grande, y narró como los felinos habían dado muerte a una tropa completa de monos aulladores.

A TRAVÉS DE LA SABANA

Su destierro fue autónomo. No fue una migración anual. Fue una llamada de alerta generalizada a los instintos.

Un día todos despertaron y emprendieron el viaje. Abandonaron los refugios a los que el Hombre los sometió al menos dos siglos; esos refugios, campos de concentración dónde las fronteras humanas los tenían sometidos; esos lugares para ser presa fácil de cazadores y depredadores humanos, que irónicamente nombraban Reservas. Tenían que huir, y la llamada de la selva agitó sus venas para escapar hacia el norte, siempre hacia el norte.

Fueron a enfrentarse con la furia de los huracanes que devastaban todo a su paso, las ciudades humanas se arrodillaban.

El agua del Golfo se había retirado por semanas de la costa, se vislumbraron los acantilados marinos, pero el agua regresó en remolinos de viento y lluvia.

Muchos animales ferales, como el jaguar y los pumas, dentro de las ciudades en ruinas recorrieron calles destruidas desgarrando pieles, devorando las carnes de los hombres y mujeres que habían muerto. No se salvaron los niños.

Las aves carroñeras se dieron gran banquete, y no quisieron seguir la marcha hacia el norte, decidieron quedarse en estas ruinas, el tiempo suficiente para devorarlo todo.

Pero los huracanes regresaban de nuevo. Era como si tuvieran la misión de acabar todo lo vivo, destruir la vida en este planeta.

Muchos animales dentro de las ciudades reclutaban a más animales citadinos, zarigüeyas y ratas, para acompañarlos hacia el norte siempre hacia el norte, siguiendo los instintos.

La sabana era inmensa, pocos árboles levantaban sus troncos y sus ramas entre los pastizales. El cocoyol y el huano sobresalían entre la multitud de pastos y arbustos.

Hasta que al fin llegaron a enfrentarse con el petén, el inmenso petén que ahora compartían. Y sólo cuando comenzaron a beber de la laguna, la furia del cielo cedió.

HOJARASCA

para mi madre

Mis pies son diferentes. El pelo ha crecido y se enreda con las ramas. Estoy buscando una piedra filosa con que cortarlo.

La hojarasca que cae de los manglares alimenta el pantano. El lodo crece y a ratos cubre el suelo de mi cueva.

La mirada se ha hecho experta en la oscuridad, al grado de poder ver volar a los murciélagos entre los manglares, a una distancia superior a veinte metros.

Es mi olfato el que no aprende. Que dañado se encuentra después de todo lo vivido en la ciudad. La polución, los perfumes, el tabaco.

Pienso que ahora mis pulmones se han recuperado de esa antigua huella de enfisema. Hay días en que me la paso bebiendo agua que se acumula en las hojas de los plátanos y ese es todo el alimento.

He perdido muchos kilos de grasa, pero me siento más fuerte que antes; volverme salvaje ha servido. Vivir de lo que encuentro en los árboles, beber el agua de lluvia o de la laguna.

Entre la hojarasca se pierden las pisadas y se come deshacer mi olor tallando el cuerpo con las hojas muertas de la chaya, o arrojándome entre los helechos.

La humedad que guarda el suelo me refresca si siento calor, y en días de sol intenso, camino sobre la hojarasca sintiendo lo caliente que exhalan de su descomposición, al transmutarse en tierra fértil. Al devolver la energía a este sistema en el cual todos vivimos.

Le he contado al tapir y a los venados todo lo aprendido en mis días de humano, y ellos me han hablado de la creación, del equilibrio; al mostrarme la hojarasca, señalan como se distingue el bien y el mal en el detritus, de acuerdo a los colores y a la textura. ¿Cómo si los juicios humanos fueran diferentes a los animales? ¿Qué contradicción lo de los pecados capitales? Esas invenciones y clasificaciones tan ásperas.

Comparto sus creencias de lunas, agua y tierra.

Pero no le temo al trueno como lo hacen ellos, volviendo el rostro hacia el suelo con cada golpe que grita la bóveda celeste.

He aprendido a sobrevivir. El tiempo intacto, no sé cuánto ha pasado desde la destrucción del Mundo tal cual era; pero este nuevo mundo, este espacio en el que habito me ha devuelto la calma. Respiro, descanso de mí.

Estoy rejuveneciendo. Atlético corro junto a los venados, y escalo, con lentitud, los árboles detrás de los monos araña, brinco de un lado a otro del petén, y los pies no se espinan.

EXTINTAS PIELES DE MAR

La foca monje extiende su panza en armonía con el golpe de la sal, y las rocas triunfan en su canto. Mientras la luna siga su curso hasta las montañas, su piel guardará el negro del abismo estelar que surge al horizonte. Había contado el tapir esa antigua leyenda, mientras con los taninos de las avicennias pintaba en las paredes de la cueva.

No hay nocturno sinsabor en la agonía.

La piel de las focas fue delirio. Montan sobre las olas los sueños de la calma.

Me despertaron una noche de luna amarilla, y tallaron mi cuerpo con lodo. Caminamos por la laguna, despacio, contando el aleteo de los murciélagos que hacían ronda. Por la oscuridad el jaguar nos vigilaba. Cuando la luna estaba en el cenit, llegamos a la caleta, ese sitio donde se alimenta la laguna; en la lejanía, abriendo al máximo mis ojos las vi brincar sobre el oleaje. En el agua se agitaban las ballenas, y sobre la playa aullaban los hatos de las focas monje.

ALETARGADO MANATÍ

para Francisco Ucán

No encuentra mayor sentimiento que el que esconden los pulmones tras el aguacero. Sus pequeños ojos se acercan al cielo bajo las aguas circulares del sistema lagunar. Musita pasiones a las candelas que envía la luna. Pide la entrega fotosintética de algas, el crecimiento bicolor del pasto.

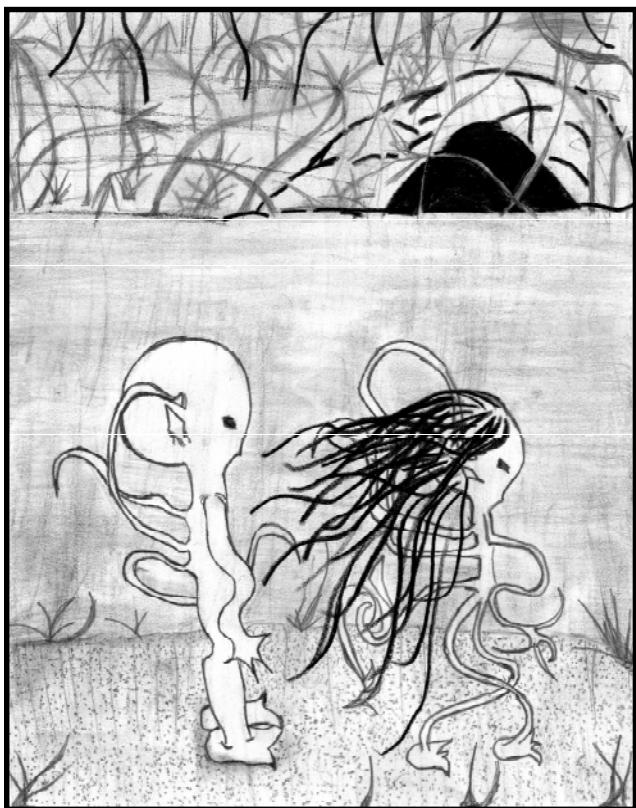
Con pesados movimientos dobla sus arcaicos lomos; ejercita el vientre para surgir del agua en el momento de amamantar su cría. La toma entre las aletas y, bajo los dulces cantos de cuna que ejecutan las ranas, sueña el destino de extinción, hacia el olvido, que le persigue noche a noche.

Sus lentos movimientos han triunfado, en la carrera de sobrevivir. Jura que no extraña los motores de las lanchas ni las redes de pesca que tanto los lastimaron. Los huracanes le han hecho justicia.

Ahora se pasea en la laguna con su cría a un costado, y no descubre, que en ese mismo parque representan, quedarán sus genes, si no haya pronto con quien reproducirse, al llegar la hora de las secas.

las espinas

para Toshio Yokoyama



Como el ágata soy el baile mineral de los electrones y la piedra
y prefiero al refugio los sueños peligrosos
la grietadura y el riesgo

Jorge Lara

En frondas de mercurio va la brisa.

Luis Alcocer

Somos hijos de espuma engendrados al viento.
Surgimos del abismo,
atroz veta de muerte,
espiral infinita de la vida.

Ena Evia

LOS VISITANTES

para Claudia Coello

Su olor llegó primero que sus pisadas. Creí en la esperanza de regresar al Mundo al que pertenezco. Se confirmó la existencia de vida fuera del petén. Ahora este mismo olor hediondo causa asco, intento alejarme.

Al ver el aspecto de mi rostro reflejado en el cenote, comprendo lo fiera en que me he transformado: no soy sombra de lo que fui.

Los Visitantes tienen las cabezas demasiado grandes para el resto del cuerpo, orejas romboidales, ojos policíclicos, acuosos. Los he visto rascarse, con los pies, las orejas; sacudir el lomo si un insecto lo recorre. Sus largos brazos llegan hasta las pantorrillas. De la espalda crecen protuberancias, como mangüeras de piel, que se unen al lugar en el que yo tengo las sienes. Muy altos y de pies enormes, los míos caben en cualquiera de sus huellas. Y el olor, su olor ácido, su olor picante a mandrágora, a ceniza podrida, a cierzo enmohecido.

No entiendo su lenguaje, no es Humano. Cuando se alejan unos de otros, se llaman emitiendo chillidos agudos que causan angustia y temor a los animales, manteniéndolos ocultos, del otro lado de la laguna. A mi me lagriman los ojos al escucharlos.

Estamos al acecho, el olor picante que despiden amplía precauciones. En su andar de péndulo agitan las piernas y se pasan las horas recorriendo los manglares.

Se pueden diferenciar los machos de las hembras. Entre los de mi especie, a las hembras las nombrábamos mujeres, a éstas hembras los animales las han bautizado como yibibaríes que significa “corredoras del viento”, por que las hemos visto ligeras cruzar entre las piernas de los mangles; a los machos, que yo llamaba hombres, los conocen como tucunes que quiere decir “poderoso roble”, y no hace más falta que mirar el grosor de sus extremidades inferiores.

Cinco tucunes y tres yibibaríes. Entre las yibibaríes, una tiene el cabello color cáscara de aguacate, otra color cenote profundo y una más de un tono atardecer. Explico al tapir y al temazate: los colores del cabello de mi especie no alcanzaban esos matices ni con tintura artificial. A estas yibibaríes les brillan las uñas de color rojizo cuando la luz de luna las toca.

Los he visto correr entre las ramas del tajonal, parecen tener buena visión nocturna. Tengo que reiterar que son altos, altos hasta tocar los zapotes más bajos, y sin embargo las yibibaríes son más altas que los tucunes (por ser más delgadas y ágiles), y tienen el cabello más corto.

El cabello de los tucunes es amarillo resplandeciente, y les cubre parte del rostro. Puedo distinguirlos a gran distancia, incluso de noche. Ellos lo saben, se cubren sus enormes cabezotas con telas negras.

Traen consigo diversos aparatos y también instrumentos colgados a las espaldas. Al segundo día de su llegada dejaron correr su estruendo de muerte. Había olvidado el poder de los rifles.

Dos cocodrilos fueron las víctimas. Los destazaron mientras entonaban cánticos; se repartieron los pedazos, comieron hasta saciarse y sin dejar restos, ni la piel siquiera. Los zopilotes volaban en círculos encima de su campamento, se fastidiaron de esperar y se largaron.

Aunque tengo mal olfato, el tiempo ha hecho sensible mi nariz, ese penetrante olor dulzón de muerte, que escapa del sudor de los Visitantes, se introduce y golpea el cerebro, atemorizando, se erizan los cabellos de la nuca.

Quisiera hablarles. Son lo que más se asemeja a mi especie. Mi aspecto de bestia, uñas largas y duras. No debo acercarme, no luzco Humano.

Me he acostumbrado a andar encorvado, para poder correr en el petén sin rasparme las espaldas con los gajos de los manglares; verlos caminar erguidos es extraño, no pierden agilidad, tuercen el cuerpo hacia todos los ángulos posibles, tomando como punto central, la posición de sus piernas en el suelo, son extrañamente flexibles.

Pensé que podrían darme noticias sobre el Mundo en el cual vivía, tal vez existan otros de mi especie, tal vez podrían rescatarme después de todo.

Luego de ver sus actos contra los cocodrilos, estoy seguro que no debo confiar.

Llevan tres lunas en el petén.

He descubierto lo divertido que les resulta hacerse de la vida de los animales que se ponen en su camino. No parecen tener propósito definido para su estancia en este lugar: han atrapado serpientes, venenosas incluso, tortugas, una pareja de tepezquintles, varios flamencos que se acercaron a curiosear, colibríes, patos, loros cabeza amarilla, dos zopilotes y hasta un zorrillo.

Una tarde, una serpiente mordió a una yibibarí. Uno de los tucunes le dio a beber un líquido azul que guardaba en un tubo de cristal. La hembra expulsó un vómito negro de penetrante tufo. Instantes después se levantó repuesta; platica experiencias del dolor con sus compañeros; la serpiente se encuentra retorciéndose dentro de una bolsa blanca, colgada en la rama de una ceiba.

Ayer por la tarde corté una red de hilos transparentes que habían puesto entre dos manglares, sobre la boca de la laguna; la utilizan para atrapar aves y murciélagos. Cuando regresaron a recoger sus presas, se pusieron a vociferar por verla despedazada.

Desde lo más alto de este mangle los miramos, el jaguar, un mono araña y yo: se reclaman, discuten entre ellos; luego de un silencio miran hacia arriba, se saben observados, sonríen, sin lograr vernos.

El jaguar se mantiene alerta, su instinto de venganza brinca en los cojinetes de sus patas. Ocultas, las garras se impacientan; el poderoso animal se pasea de izquierda a derecha junto a mí, rozando con su cola mis piernas. Comienza a desesperarme.

El tapir impuso la orden que todas las aves fueran a refugiarse en el agujero del zapote más alto del petén, lo más al norte; del otro lado de la laguna los pequeños animales se metieron a lo profundo de una cueva detrás de un álamo. Mandó estar callados y en ayunas. Es mejor pasar hambre que perder la vida.

Una tropa de monos huye de prisa sobre los árboles, los Visitantes encontraron su refugio y vienen corriendo tras ellos por el suelo. Se oyen varias detonaciones, uno de los

monos resulta herido, es auxiliado y escapa. El tiro le alcanzó un brazo, sangra abundante. Aplico un poco de hojarasca en la herida, no es de cuidado.

Todos están refugiados en las cuevas. El jaguar vigila conmigo cada movimiento de los Visitantes para dar voz de alarma si llegara a ser necesario.

Es la madrugada y tengo sueño.

Espero que pronto abandonen el petén.

HEDOR HUMANO

Subes precipitadamente hasta la copa de ese mangle rojo. Lejos, la furia de los zopilotes despedazando el cuerpo inerte de los Visitantes.

Roca suave precipitando en el desenpolvado lago de fuego cuyas lenguas corren por el pasto seco, entre los tajonales.

Se desprende el humo violeta de las fauces. Las moscas recorren el precipicio de la espera, las hormigas desprenden mandíbulas ponzoña.

En la memoria se agita la guerra: los golpes del Idioma en todas las vertientes. Se dibujan nubes de indulgencia. El fuego no es tenerte cerca.

La luna no calla, agonizante mandarina, su pena: el Hombre involuciona hasta perderse como bestia bajo cementerios. Alegrarse de la bestia que rompe su carne.

En las ciudades caídas, zarigüeyas saquean cráneos. El Idioma se aniquila entre rugidos. En la balsa de los ojos se detiene la Esperanza. Es un temblor de espalda, el arrancarse hasta la médula, y en la noche, dentro de las alas de ancianos murciélagos dorados, la soledad extiende su corona, su redoblar especies en las manos.

Los aminoácidos aniquilan pasiones. Eres sobredosis de infierno. Atemporal recluso de este mito; entre marsupiales, lamentas destino de quimera, eres saurio, dibujo en las paredes, rizoma. Parquedad de precipicios.

Los zopilotes agigantan sombras. El vestido de carne invicta, inviolable. Y la próxima salida de los cementerios; corazón amarillo y entre dientes la carroña del futuro. Se alejan las palabras.

No hay rencor ante la furia por los días de sed, no importan las últimas bravatas. De ser necesario, la ruta cósmica de la rutina se volverá a recorrer hasta el momento de la cena; que no se vean sumidos en el quehacer de la cotidianeidad, sin esperar recompensa por años de servilismo inocente.

La voz de los demonios de la espera crece en el cerebro.

Te sientes acorralado, eres la fiera recluida en este artefacto de castigo. Eres la voluntad de la serpiente, el portavoz de la pobreza. Agitas la especie que avalanza mordidas, como pez fuera del agua, silueta que deseje la mañana, nada para recordar.

Y entre la maraña de recuerdos sacudes la fiebre, el simulacro de la carne permanece intacto, inviolable la memoria, los días agrios cuando el sol carcomía escarpas, de las

ciudades desaparecidas en el refugio de los cines, teatros del espanto, toda la violencia recorría redes, se agitaban las cabezas de serpientes y púas en las fronteras de las naciones.

La guerra no llegaba a ser lo que éstos dos segundos mundiales, la conquista de Saturno y Marte, traspasar la luna, morir de hambre en las aldeas, el sinsabor de los destinos, el destino de los sinsabores de cosechas híbridas, clonación de carnes y frutas. Reproducción asistida. Fecundación in vitro, y el vidrio de los sapos que no aclara su canción de sobrevivencia.

Los manglares revientan los talones, caigo hasta la sangre, caigo y caes porque soy conciencia, dios enjaulado en tu cuerpo: alma o memoria.

No importan los nombres ni las palabras, el decir o dibujar los signos, los olores son persecución del hambre. El miedo crepitando en las cejas. Las piernas cubiertas por los espinos de la historia. La memoria que palpita acrecentando el odio, el olor de la muerte empujando su dedo en las vértebras.

Se fraguó el ataque, y ahora el recuerdo de la sangre y la esperanza de mantener la vida te acorralan. De por sí pensabas escapar a toda costa contra los Visitantes. El refugio fue fallido, te tienen sedado bajo los recuerdos, reluciente parte de la colección. Te secuestran.

Miras lo que parecen ser sus ojos que te escrutan, sus intentos de admirarte. Cumpliendo sus deseos abres la fauce y la violencia intacta del grito escapa a tus pulmones. Eres una más de sus presas.

VANIDAD DE POSESIÓN

Solo eres tiempo detenido de la historia.

No importan los nuevos anclajes Humanos. No importa el abandono, al final siempre cumplirás con el destino de ser polvo. Renunciamiento.

No. La luz no se apaga en el cocotero, ni las mazorcas del tajonal dejan de brindar polen a las abejas.

Tu cueva es sitio para soñar la conquista del horizonte; esa isla fantástica que se erige en impredecible destino. Las cacatúas, las guacamayas, tucanes verdes, las gaviotas, los albatros, flamencos, han alejado de ti el brillo de sus plumas.

Tú esperas. Esperas como el jaguar que arroja manchas a la odiada civilización moderna.

Los Visitantes deleidosos arrebatan pieles y plumas de este paraje, en este estuario, en este petén perdido, ecosistémica de sobrevivencia que ha sido descubierto.

¿Hasta cuándo este círculo de destrucción que imponen los más fuertes?

SE ROMPEN LAS CADENAS

Y los monos no esperan más. Las ramas sangran por el apretón de tantas colas
prénsiles. No soportan la espera. El clan de saraguatos toma iniciativa, descargan cólera
junto con los felinos.

Los contemplas y no intentas detener la furia.

El odio comienza a revolcarse entre las especies.

Ese virus que los Visitantes trajeron, no permite la tranquilidad que anteriormente
reinaba en la laguna, furia desatada, enorme, creciente.

El jaguar toma precaución, advierte que dejes de volver la vista de las palmas, que
imites el cielo de los loros, te establezcas en el sentir de la nostalgia, olvidar ese Mundo
Humano de las guerras, apartar el significado de las religiones, ese odio de las razas, ku
kux klanes, aparteid, machismo, bushmanías, terrorismo, fronteras, swarzeneger, toda la
maldad que observaste en vida.

Meditación sobre las ramas. Brinca un mono y atrás arrastra su piedad la boa.

Bendición del cocotero.

Vacilante genocidio, las praderas sangran, los manglares enrojecen los rostros de
guerra, tintura malva.

Changos y felinos enfrascados en el odio de la noche. Los Visitantes cruzan la fogata
de alardos. Observas. Comienzan a descubrirse las alianzas para la resistencia.

EL MIEDO DEL TRUENO

Los Visitantes inundan el petén; te escondes y observas sus pasos.

El jaguar ha reunido a los animales en lo más profundo del ecosistema. Detrás del cortinaje de tasistes. Felinos ansiosos se regodean por la sangre.

Los cocodrilos regresan, ellos y sus dientes, son la esperanza ante la inminente guerra de los Mundos.

Han descargado aparatos extraños. Se afilan las garras.

Detrás de la lluvia comienza la persecución. Tu sombra cuelga de las avicennias. Recorres la fuga. Tropas de monos son carnada y entre múltiples desenlaces de la ruina, se colma la violencia de colmillos hartsos.

Cuando se agitan las nubes, se agrieta el cielo dibujando la noche y el haz lumínico esparce, el trueno inclina las cabezas de los habitantes del petén, y detiene las correrías.

El tapir dibujó silueta en la hojarasca. Los Visitantes lo cargaron al hombro. Alejaron los pasos.

Se escondió la niebla.

Los dioses aniquilando nuevamente el Mundo, la espera del punto final; acaba la esperanza y el amanecer se呈resente inhóspito.

Nada queda sin la sombra del gigante lento, si su trompa no respira. La pureza de un ecosistema democrático es la conclusión del sino. Terminó la espera. Desmoronar la paz creada. Arremeter y devolver mordidas.

¿Por qué repartir sueños, a qué compartir frutas, hojas, noche, si el sueño no basta a los Extraños?; la pesadilla colma los dientes.

Insectos entre dátiles comen rincones furtivos, participaciones inconclusas. Son la sombra de la muerte, señuelo del odio, investigación de quehaceres y pensamientos; qué quieras saber de las conductas, de la electricidad a voz de agua, el refugio del fuego entre la calma del corazón que arde, y nada es por demás filosofía antigua, no puede repetir el repertorio, si la música de pájaros, la corriente eterna, el rugido del jaguar y los pumas acrecientan hombría del sino, de tu mal, de tu arma arcaica. Maldiciones de la lucha por sobrevivir a la inconsciencia.

En el sentido de las agujas, la brújula es la pérdida incompleta de la noche, no tienes que seguir ardiente la voz y la vigía, nada siente su pesar, ni la pena de seguir mintiendo.

No porque la luz no vaya a volver al horizonte, la violencia no cuajará los rostros y los Visitantes serán el escape hacia la alimentación forzada.

Pero la torpeza del tucán fugitivo ha trazado la ruta de nuestro escondite, en la estupidez de su memoria se dibuja el mapa georreferenciado de donde encontrar la calma a este agitado planeta. Descubrió al nuevo mundo nuestra existencia.

La destrucción ha sido total; no hablar de diluvios ni de biblias, el ozono permitió el cambio climático, todo pereció bajo las aguas, sólo se ha salvado este petén por el oxígeno que abunda.

Un planeta dentro de un planeta que fallece, pero por la combustión y la formación del aire, se trazó el escudo de ozono que nos mantiene vivos, hasta este momento en que los Visitantes escribieron la historia con sus armas.

Ah el tucán y sus idioteces de convertirse en prófugo, trazó el mapa para que llegaran a nosotros los Visitantes que lo mantienen confinado en frasco ámbar.

Ahora, en el encierro, puedo compartir palabras con él; a qué culparlo, es la inocencia de la bestia, no pensar en consecuencias, justo como los ideales de pensamiento anárquico, negar el triunfo del gigante, omitir consejos sabios, para qué salir, para qué volar tras nuevas rutas, con la única pista en ese librito de la biblia. Es mejor esperar destino, ser la fricción del tiempo, avasalladora voluntad de la agonía. Compartimos la prisión de ser parte de la colección zoológica de esta especie interplanetaria que nos invade.

TERMOLÁBIL DISERCIÓN

No necesitas protección en esta jaula. Esta jaula que es tu mente. No importan las pieles, las melenas. El compás de la nave se mueve, las ventanas anuncian el abandono.

El petén incendia, se consume.

El aire vuelve a tus pulmones; ojos irritados y calambres en las piernas. Subes y vuelves a bajar por los propulsores de la nave en que te encuentras. Corren las últimas bestias por el suelo, a un costado de tu cuerpo, la bandada de changos llora el silencio, ojos tristes que son garfio a tus costillas; a la derecha el jaguar inquieto, pasea la cola liviana, rozando el suelo.

Todo es un gran incendio.

No escuchas los rugidos.

Te elevas. Observas que son muchas las naves, muchos los Visitantes que caminan en la tierra con sus trajes negros y escafandras.

Tanques de hidrógeno en la espalda, enjaulando cuanta especie consiguen dominar, las que no, las matan, las desollan, conservan sus partes en frascos o cajas, esperando clasificarlas en los anaqueles.

Dejas de ver el exterior, a tu alrededor cajas de huesos, descubres los felinos: *Leopardus pardalis* sobresale en una caja y recuerdas los encuentros que tenías con esos tigrillos tan huraños.

CAMINANDO LAS ARENAS DE LA MUERTE

Los ruidos de la noche marcan su encalaje lunar sobre la estela que dejan las ballenas en retirada. Suben sus cimientos los edificios marinos que transforman el plancton en proteína. Su labor de limpiar los mares. Asimila el estanque por el relamer las piedras con los plecostenos. Cardiacos movimientos, sus amarillos bigotes enraizados en las algas.

Vuelan plumas, vuelan, luces aromáticas trazando arco iris en la laguna.

Tú, recostado en la hojarasca, sientes como los ciempiés suben las piernas, recuerdas los ciclones, el estruendo, alaridos, el trauma de las nubes de arsénico estalla en la memoria.

Caminas largos días la playa, el relamer las olas, el zumbido del viento, agrietados estanques, corales, cnidarios, esponjas, se suman al equilibrio de los arrecifes mansos, revienta el fondo del océano, el fondo de luz clara.

Despiertan las anémonas.

En el cielo, volar de zopilotes, remolinos de gaviotas, albatros erguidos a la distancia, celadores, fragatas elegantes marcando su sombra en las nubes.

Sobre la playa el empujar los bigotes de las focas, repartir sus pieles. Huyen los playeritos.

Corres para detener a los jaguares, para espantar los yaguarundis con una rama de espinos. Te hace frente un contingente de zorras grises con la cola elevada, te detienes y recuerdas que la extinción de focas renace en estas sobrevivientes especies.

Recuerdas: si no evoluciona se extingue. Las fauces del cocodrilo te hablan desde el cerebro.

Detrás de la memoria, el grito de los Visitantes llega a los oídos, las pesadillas permanecen, escondidos en las cuevas los animales tiemblan, tú recorres esta jaula con el piso de frío metal.

INOCENTE GRITO DE LAS FOCAS

Al final no fueron los jaguares. Los manatíes vieron a los Visitantes desembarcar sus naves cerca del zapote negro, en el Oriente del petén.

Nunca se imaginó el poder de esos aparatos en la espalda.

Las focas despellejadas, habían sido separadas de sus hígados.

No podían llevarse a la composta para provocar abono, fueron aprovechadas por las fieras.

La lucha de monos y felinos no ha cedido, tú comprendes, desde tu prisión, el despunte de la violencia que no se detiene, la esperanza de la liberación.

Los manatíes nadaron sobre la bahía para encontrar el rostro desgarrado del grito, vieron entre redes y lanzas, la persecución de esos seres oscuros de cabellos brillantes.

Era luna llena. Todos en el petén permanecían junto a la laguna viendo ejecutar a los flamencos su danza mensual, pidiendo las artemias a los lodos.

Nadie imaginó que en la playa, cinco kilómetros al Oriente, detrás del zapote negro, las focas consumaban la extinción.

Un manatí dio la alarma, pero fue seducido por la trompeta de humo de los Visitantes.

No importó su rechoncha sencillez, el mundo de las focas se desvaneció en las olas.

DE LOROS, RATONES Y MURCIÉLAGOS

No logran saber quien causa mas escandalera, si la noche, la tarde o la mañana, cada uno de estos grupos de animales hace de las suyas en el horario que mejor le acomoda, al final el sueño siempre se espanta.

Parado sobre la punta de la ceiba, ves el cruzar de los loros cabeza verde entre los zapotes, los chakaj y los cedros, no te importa que se roben los mangos que cuidan los venados detrás de la sombra. Los loros picotean la pulpa de la fruta y sorben vida a su presencia.

Por la noche los venados corren a sus cuevas, a refugiarse de la noche voladora de colmillos.

Los murciélagos que no logran tomar la sangre de los vertebrados, se conforman con la fruta del zapote.

Los ratones no contemplan vivir muriéndose de hambre, cuando logran escapar a los felinos traidores. Escarban los árboles para hacer la madriguera y llenarse de semillas, que recogen tiradas entre altos algarrobos que rigen la cobertura florística del petén, las guardan en los cachetes, para enterrarlas y disfrutarlas cuando quieran.

Los tienes a tu lado, en distintas jaulas escuchas el escándalo de su algarabía. De noche has visto caer las lágrimas rojas de los murciélagos.

LLUVIA DE COLMILLOS

De pronto la nave se viene a pico, todo se incendia, estruendo. Sales a la luz, dejas la jaula, y corres de nuevo. Ella como sombra de tu mente; con su disfraz humano para hablarte. Reconoces ese idioma perdido. Aceptas reconocer los signos.

Los Visitantes ven la resistencia de las especies, los felinos, pecaríes, cocodrilos los han atacado despiadadamente, se retuercen entre sus tripas. Los colmillos brillan, se hartan, se rompen, desgarran.

Y corres, corres hacia cualquier dirección, la envidia recorre los huesos al no tener grande la zancada, ni ser tan bestia como quisieras.

Huyes, y la sangre se hunde en tus pies.

Dentro de los propulsores averiados de la nave que te mantenía recluso, se distinguen los colores del plumaje del soberbio zopilote rey.

MÁSCARAS HUMANAS

La protección del tiempo continúa enmarcada en la superior angustia de ya no perder la contienda con Natura, sino ser silogismo de serpientes que se arrastran por el rostro, lastimando su amargo abdomen insoluto, incólume como una maldita ramera que habita el fondo de los ojos.

Quién pudiera espantar la sorna que afila el acantilado; ni las lianas que cuelgan de la luna, del zapote, podrán devolver a la bestia su enigma.

Todo se transfigura, todo cambia, el energético discurso de las alas solo es sentimiento perdido en el pretérito de la conciencia. No la luz, no la sombra, el disparatejor crecer de los helechos en la boca de la mente.

Y renazco bestia libertada, ronroneo con el requiem por el zopilote y su entrega. Me envuelvo en los mantos que crea el zorrillo y el tlacuache, me embarro al lodo de los pecaríes, las focas queman su aceite en el hígado y la laguna apesta a rata, a maldición indígena, de los Visitantes, de la yibibarí que se apiadó de mi rostro y quiso corregir la carne. A través de la noche y la nostalgia eterna. Ella, ella reconoció mi libertad.

Padeces el destierro. Tu voz se agolpa en las vitrinas de tus ojos. Ya no cantas ni construyes chozas en la copa de los árboles, no te alimentas de insectos. Esa hembra ha segado tu voluntad, piensas en huir del petén, en busca del destino de tu raza.

Pero tu raza yace bajo tierra, bajo siglos de agua, bajo la molicie de la radiactividad que azotó el planeta.

Nada te conforma más que la fuga, ella sacrificando el Mundo de los Visitantes, tus nervios revientan la mente, el cerebro se cansa de las imágenes, eres la máscara de la muerte, el macabro antifaz de la violencia, padeces los sudores de la rabia, calosfríos de ansiedad; desangras en la espina de la ceiba, y el rastro de sangre que dejas lo bebe el jaguar.

Acerca las garras hasta la sombra que construyes, sabes que desconfía de ti, de poder verte de nuevo colgado de las lianas.

El jaguar ha tomado el poder de la resistencia, lleva colgado al lomo una vértebra del tapir, en su memoria; lo miras soberano, no intentas el diálogo del encuentro, prefieres la fuga, ella (tu salvadora) concentra la mirada en tu cuello, la miras, pero deslizas la visión hacia el endiosado felino que ruge y te da la espalda. No puedes huir, la resistencia comienza y te necesitan. Ella lo entiende y se aleja hacia su lejano Mundo.

INDEFENSA PÓLVORA

Su rumor llena las narices. ESTRUENDO que brinca de prado a lomerío, hasta la cueva en que descansas tu epidemia.

Son ellos, los reconoces.

Cargados con la furia de la pólvora, vierten alardos entre las caobas y los tasistales. Suben los montículos de piedra que tanto tiempo llevó amontonar tras el valle, para que el petén no se detecté; imposible esconderse de ellos que avanzan con los rostros cuajados por la furia.

Esa yibibarí vuelve con ellos, la cargan, te preguntas sus pensamientos dentro de esta inmolación.

Su apestoso aroma recorre los manglares. La han descuartizado y su mirada recorrió el viento como dardo hasta clavarse en la sien. No hubo perdón por haberse apiadado de ti, son una raza de costumbres inquebrantables.

Corren las bestias, se arrastran los reptiles, las aves dilatan las plumas para atravesar la niebla que brinca entre los álamos.

Se acercan. Uno a uno caen árboles. Pasan las garzas corriendo, los cocodrilos se enfrentan, se amontonan en la laguna.

El cenote se abandona.

Tú, pretendes ser la infantería. El tapir recorre, la memoria, tu sombra de lado a lado, te grita, ladra, te rasca. Esta contigo su espíritu, su abominable fantasma en tu recuerdo.

Los Visitantes empiezan la destrucción masiva, tiran el virus del iridio, el kilo de polvo venenoso atasca los pulmones.

Cuando se asienta la sustancia, todo se pudre, se envenena.

Eternidad salvaje

Cae la noche, y otra noche, y otra; la luna despeja, el olor cede. Aullidos escarban los latidos del corazón. Te agarras a los huesos del manatí que lograste rescatar del fuego, te sientas bajo los zancos de un inmenso mangle rojo.

Miras las manos, las piernas, los raspones y moretones que te circundan. Te sientes vivo, te palpas completo, intacto, miras la luna, miras burbujejar el cenote, y tu grito acalla los aullidos a lo lejos. Sientes la hojarasca, la humedad reinante. Se desata de nuevo la lluvia, se deslava la niebla asesina, no hay zopilotes, y las naves averiadas consumen sus cables bajo las lenguas de fuego.

Gota a gota recuperas la fortaleza y el aliento, se disipa el miedo, la luna, la luna, la indispensable luna que hace subir la savia, luz plateada enarbolando espejos de la laguna. El frescor del viento y su caricia. Dedos de agua.

Se presiente la respiración de la eternidad.

TRAGEDIA CÍCLICA

Sobre el lomo del moribundo jaguar, recuerdas los ciclones.

El grito de los niños viene a la memoria, se aporrea en tus pupilas. Se eriza la nuca. Nada queda ante tus ojos más que cadáveres. Se levantan las aguas. El humo distiende. Pica la garganta.

Los Visitantes, traje espacial incluido, someten sus miedos en la muerte del petén.

Corren las bestias sin salida, corren y vuelan, también se arrastran. El plateado de los vientres asoma en la laguna, ya las plumas aclaran la niebla, se percibe el aroma de la descomposición.

Recuerdas el estero rebosando vida del puerto que habitabas, ese pequeño puerto pesquero en que te refugiabas a olvidar las tristezas.

El sonar del campanario que se ahogaba, y junto a ti, ahora, en este infierno de decadencia, estática, permanece la cabeza de esa hembra gigante que has localizado, con su traje negro y escafandra.

Negro el pico de los zopilotes, negro el calor sobre los ojos. Negro el ritual en el confesionario. Negros los pulmones tras los cinco mil cigarros.

El infierno es la espera. El martirio el encanto.

El espasmo. Defender la honra, honorabilidad de bestia, la fiera del rostro, la fiera de sombra agonizante, respira con lentitud, laxa, estática, elástica.

No es la calumnia, ni el adecuado color de la penumbra, pero siguen en el eco los disparos, y los gritos y las llamas, y el deterioro, y el azufrarse es río, y el llenar de ceniza el viento, y el polvo de hidrógeno que siega las cabezas de los mangos, y nadan en el río codornices inquietas, y el hocofaisán ensangrentado remoja el pico en el costado del venado, y marchan las tropas de monos y las parvadas de pavos ocelados inquietan con sus chirridos, junto con las chachalacas y sus acompañados lamentos.

Ni las arpías ni las auras siguen el curso del tiempo, no se puede comer carroña envenenada.

Los Visitantes elevan en su última navemayor, su dorado espacio con la sonrisa de sangre creciente. Pero la nave dando giros, estalla y cae con su carga de espanto en medio del desierto. Como promesa al martirio del zopilote rey, Tucán junto con los loros, ratones y murciélagos dejaron su vida dentro de los cables y motores de esa nave que no se irá jamás.

Irá llenándose de polvo, consumiéndose bajo la vista de los sobrevivientes.

SILENCIADOS FULGORES

Pasan las nubes; miras el refugio de los cocodrilos.

Los pecaríes pasean cuevas, castañetean dientes cuando notan tu presencia.

Tu caminar erguido impone, intimida, los pone al acecho.

Llegas junto al refugio pero no entras, te quedas callado, en cuclillas jugando con una vértebra del esqueleto que recogiste, y que para recuerdo no quisiste enterrar ni tirar al cenote.

El águila negra se posa en una rama sobre tu cabeza.

Nadie habla, nadie deja escapar sonido, todo es un pensamiento universal que escapa de la mente de los animales.

Sientes las respiraciones.

Igual que tú, meditan, imploran. Tantos males, uno tras otro, ciclones, fuego, muerte, invasiones, muerte, negra muerte y abandono, ¿resistirá la selva? la selva... A lo lejos humean las máquinas de los Visitantes que doblegaron su odio ante la organización y la lucha por la sobrevivencia que siguen intentando ¿serán los únicos..?

Gáfa Lu'um Na'.., respóndenos...

sobre la luz

para mi sobrinos:

Víctor, Frida, Kenny y Valeria;

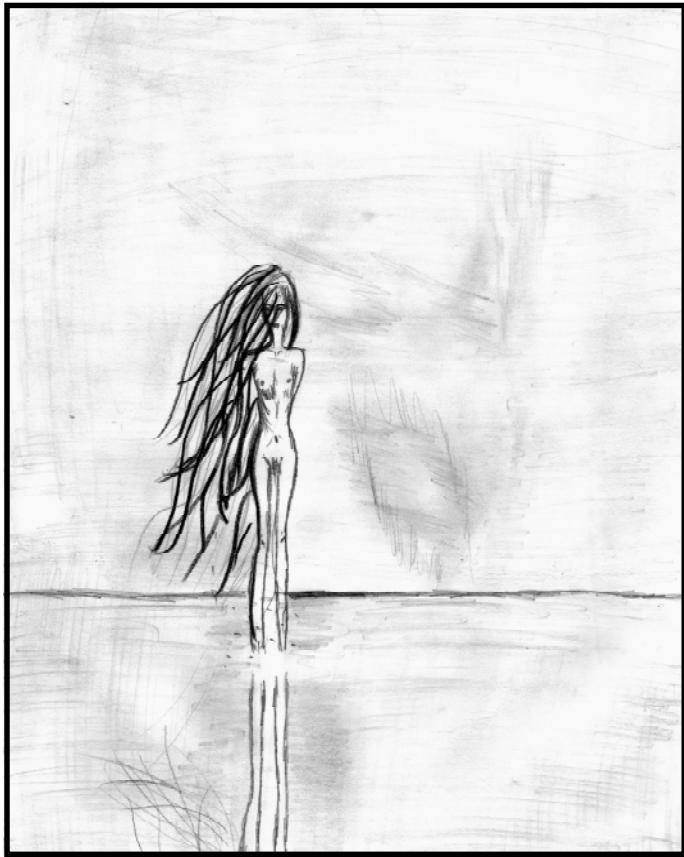
Claudia, José Francisco,

André, Kevin, Montserrat,

María José, Karen, Adán, Alejandra, Alan,

Ricardo, Tania, Wilberth, Karell, Manuel,

Michelle, Tito, Sofía, Regina y Valentina



En medio del oleaje interminable,
la cólera de años,
implacables los días devienen al olvido,
voracidad de tiempo;
mas hay largas resacas,
regresa al agua el agua embravecida.

Luis Alcocer

Nadie comía el secreto a la boca de la noche,
ni a su propia sombra espejo del fuego,
el lado de la espuma donde viaja el silencio.

Roger Metri

CAEN LAS ROCAS

Las rocas siempre caen, es su destino.

Vienen del exterior.

Ahí, detrás de la cortina de la noche.

EL PRINCIPIO

Sólo éramos yo, el agua y el viento que danzaba dentro de nosotros.

El viento movía remolinos, giraba el vértigo, cubriendo la cintura de la oscuridad presente. Traspasaba el oleaje, se fundía en la húmeda sensación de la marea que agitaba. Cuando se animó el trueno, la luz se hizo: atravesando la estratosfera, diluyendo nubes.

La noche colgó diamantes sobre el horizonte. El viento alejó las aguas, se vislumbraron suelos y un lodazal de espanto. Crecieron los colores del atardecer.

Dentro de las aguas los elementos, libres, navegando sin control ni visión de porvenir alguno. Para conquistar el equilibrio, los elementos se unieron en moléculas, para compartir deseos y vislumbrar la formación de compuestos. Cada elemento mantuvo la sensibilidad ante el ambiente enrarecido que rodeaba; tradujo la información de una labor precisa, formar la membrana, dividir los adentros del entorno inadmisible, crear la célula.

El agua purificadora y creadora de vida. El agua y sus montículos de historia, avanzaron hasta la tierra, redoblar pieles ante el intemperismo. Afinar los huesos, la carrera, la fuga de la competencia; descontar escamas en la formación de plumas. Elevar el vuelo, conquistar el aire. Y el plumaje cede hasta la invención de los cabellos y las glándulas de leche. Y ustedes existieron. Pero ahí estaba, acogiéndolos.

Millones de años brincando el equilibrio en la mutación de formas, ideales, quimeras. Con tan sólo veinte mil años de existencia: el colapso terminal a que me han conducido.

DETRITUS CELESTE

Siempre estoy en los amaneceres sedienta porque me penetres.

Pero no.

Ni toda tu raza supo comprender el sentimiento de un mundo en que son mis parásitos predilectos. Desertores.

Los inadaptados desertores de equilibrio, consumen el poder por las narices, y al final, depositados en el suelo, la venganza es del gusano, de las flores que elevan el historial de las moléculas que no supieron comprender la claridad del círculo de la energía.

EDAD DE IMPERIOS

para Teresa López

No importan las violencias inventadas. Las torturas y los pensamientos que no dejaron surgir. Nunca entendieron el poder. Círculo de las mareas. Tatuajes de oro arrancados en la entraña.

Crecieron ante la sabiduría de invenciones propias y penetraron las mentiras. Formular tratados de idioteces económicas, sociales, matándose por ello. Socialismo obsoleto, capitalismo perpetuo, neoliberalismo incandescente, imperialismo comunitario, consumismo retrógrado, memorial de la torpeza y la globalización de las fronteras monetarias, hasta el retrofuturismo ensimismado. Los imperios, sus dioses, dinastías espejo, sus clases sociales y los huesos de la pobreza.

Cuando una plaga ataca, un temblor sacude, se cobija el huracán dentro de la selva..., son la nada. Esperpentos de lodo y espíritu. Mis adorables parásitos.

EQUIDISTANTE EQUILIBRIO

para Omar López

De algo tenían que agarrarse.

Tan sucios, hechos de la descomposición. Algo que penetre la paz a las conciencias.

No entienden el equilibrio.

Invención de religiones para apagar conductas y detener el miedo, ese deseo llamado alma, viento atrapado entre la carne, tan débil y arruinada.

Iconoclasta augurio de volver al polvo y despuntar al alba sobre el fruto de un árbol que alimente orgullos.

Morir, del polvo, el árbol y el fruto.

Morir del árbol, el fruto, ese polvo milenario.

Morir del fruto, como polvo del árbol cae hasta la noche.

Árbol que se pierde.

Polvo escapando sobre el océano. Atravesar la atmósfera.

Noche violentándose en círculos.

¿Morir o transformarse?

CAE LA NOCHE TRISTE SOBRE LOS RÍOS

para Ana Laura Chin

Y cayeron mis gigantes. Las montañas del reto.

Y esos árboles que cubrían el suelo; arrancaron el oxígeno de todo.

Dulce despertar de ruina. Tan dulce... les permití parasitarme, cambié la atmósfera para verlos contentos, contribuí a la mutación de hormonas, a la adaptación.

Y ustedes dividieron razas, y el azotar del látigo y sus dardos de sangre que retorna hacia mí. Estoy harta que la sangre filtre en mi piel de suelo, se vuelva lodo mojando las moléculas del polvo.

Consumir oxígeno, liberar ozono y el penetrar ultravioleta alivio. Renacer, retornar la evolución ¿es necesario comenzar?

Escupo la humanidad y la codicia de la mente que trazando culpas asumió el poder de los perdones y dirigió su golpe contra el planeta que conforme, este ser el universo de los ecosistemas, este ser Yo y nosotros todos en un sólo cuerpo, este que Soy y somos todos juntos:

¿renacer?

¿espandir el magma?

¿el azufre ventilando?

¿la fuga del oxígeno?

¿el accidente de la muerte?

Tanta pasarela de dioses, insensibilizados del oxígeno que liberan las plantas.

APRETADAS LUNAS

para Patricia López

Nadie reconoce las mareas, sólo los camarones salen a ronronearle a la luna.

Pero la luna que han parasitado, resquebraja; la marea desconcertada crece, no crece, rebosa.

Se distiende la savia de las plantas, marchitarse el verde, olvidar la selva.

La extinción por el abuso del oxígeno.

Y yo sigo acá, eterna, renovándome.

LA PIEL DEL AGUA

para Mónica López

¿Qué te preocupa si todavía tienes la vida y la piel intacta?

El suelo regenera, el agua se destila y todo renace brincando el fuego.

La evolución continuará, y vendrán de nuevo razas, otros Visitantes, a robar y herir la noche de mi cuerpo, nada importa:

¿Soy la eterna presencia, seré invencible?

REPASO DE EQUILIBRIO

para Illeana Garma

Y con cada luna germina la vida, nuevos pétalos abren, y canta de nuevo la libélula.

Siempre que el río corra, la limpidez abundará en el agua abrigando colores de peces que atraerán mamíferos.

Las aves dispersarán semillas hasta conquistar islas, detrás de los océanos: crecerán corales que formarán islotes y nada detendrá el paso de la sucesión a través del viento que transporta la semilla y los sueños de equilibrio.

Pero no quiero ver de nuevo tu epidemia. ¿Sanaré de ti?

A TRAVÉS DEL VIENTO

Sonríe el viento, se te incrusta entre el esqueleto y la piel. Mi pequeño, los misterios de los dioses te han sido cerrados.

Recuerda los días en que regresaste a la tierra víctima del destino.

Yo seguiré creando tierra, minerales, flores, árboles, surcos para el río, esperando que la energía toque tu mente y puedas desdoblar electrones suficientes para mover la maquinaria de conceptos alimenticios de esta cadena, eres el último eslabón.

Mira como a falta de tu raza, evoluciona otra especie.

Los primates caminan en dos patas, comienzan a agruparse para delimitar acciones, organizan, principio fundamentalista que acarrea la opinión de intereses cercanos a infinito.

AGUIJÓN DEL TIEMPO

Las cenizas volverán a depositarse. Elevarán de nuevo al viento.

El agua circular crece. Caen estrellas.

Entre las rocas, minerales suficientes para engendrar nuevas guerras.

Hasta el fondo los diamantes.

Dejará de fluir el agua fosilizada, no es necesario nuevas extinciones, que se detenga la evolución.

¿Quién si no Yo puedo detener el avance del tiempo?

Si es que el tiempo son los giros sobre mi propio eje, el avance en esta órbita, rindo culto a la estrella de la que nací.

Me detengo, y el frío arrasa una cara de la noche y el sol calcina otra cara a luz del día.

¡Parásitos! ¡Qué se termine la ignomimia!

¿De qué semilla crearé la especie que logre pensar sobre equilibrio?

Deprimidos, los mayas dejaron de construir sus edificios y hundieron la cabeza hartos de la guerra que comenzó a cercarlos. Vieron con tiempo la decadencia del humano y se negaron a enseñar a descendientes la trayectoria de los astros. Sabían la calaña que venía desde el otro lado del charco de los atlantes.

Estoy tomando las riendas del viento. Giro de nuevo. ¿Giraré hacia atrás?

Controlando el avance del segundo.

No me tomará seis días, no hay porque ser tan vulgarmente soberbia.

Tendré que pensarlo quinientos millones de años, de los que ustedes se jactan de medir; por ustedes... volver a repoblar: ¿con qué sentido?

Lo bueno es que no encuentres tu hembra.

ECLIPSE

En medio de la laguna se detiene la persecución del karma.

Nada hay que vuelva el camino hacia la historia. Todo es refulgente, no importan las sensaciones de la violencia encarnada.

No estoy aquí para encontrar sabiduría.

No estoy plantada entre tus piernas, entre tus fauces, junto a tu oído.

¿Cómo permites que el Mundo te pase encima?

El pensamiento no se controló tras las ramas de la memoria corta.

Si detrás de la laguna y el plumaje se extienden las coloraciones bárbaras de la noche, no es posible que la lluvia se intercale como la sensación sabia de la piel.

En las hormonas se presiente la violencia arrinconada, la esperanza de la lluvia y el retomar de nuevo el rumbo.

¿Qué es de la oxigenación de las nubes, dónde la claridad se enturbia por el avance de la luna al escondite de la vergüenza?

Es de pensarse el absurdo positivismo de la especie, pero ni el jaguar, ni el armadillo definen la contienda.

¿Es necesario retomar caminos, acabar todos contra todos, o llenar el círculo de escamas y votar por el suburbio del boleto, en este viaje al encuentro de equilibrio?

No digas más, entiende tu ruina. ¿Porqué he de escuchar tus lamentos?

¿Quién puede saber si no te olvidarán las generaciones?

No existen las promesas.

Las mutaciones volverán arcaico tu entusiasmo.

Nada de supercherías. Seguirás siendo mi parásito.

Y caminarás tu oscuridad hasta cubrir la luz de mi razón.

LA MUERTE DEL SOL

La niebla ya no escapa de los ojos.
Es el azul y el verde, y el azul de nuevo, la cornisa al reventar la mañana en la pupila.
Ya no queda el silencio pegajoso.
Ha crecido entre las ramas, ha floreado,
sus tramas son luciérnagas inflamables y el calor enorgullese.
Nada queda sino la hora del temblor ajeno.
La bruma de la navegación sin suerte de las olas.
El río deslava los helechos.
Ni una mosca trepa las palmeras. Planicie descompuesta.
El devorar del viento hidrogenado. Se destaza el verde.
Se rebosa el fuego de la tierra. El rugir del agua.
El bullicioso silencio enmohecido.
Espacio abierto de lo oscuro. La nada.

INFINITO

Nada queda detrás de la botella, ni el marco ni la droga del pensar en ti, por esas tus creaciones de placer. Somos exhumadas sifíides.

Eres la múltiple escalera del aliento, retorno conducido hacia el espanto, evolución de carne en demasía, porvenir incierto de la noche y su ramaje.

Sopla la laguna histeria en la dársena, en cada permitir que la serpiente de agua se aleje confusa; eres la voluntad del enemigo, situación de células mal distribuidas.

Apenas crece la marejada y las parvadas colorinas extenderán alas apagando el horizonte.

Soy Gaía, Lu'um Na', crezco hasta aplastar otros planetas. Tengo sangre nueva y me parasitas.

Juntos armamos el engranaje de la maquinaria; componer la soledad del viento, los puntos cardinales, kanti'its ka'an.

Es en el hidrógeno donde termina todo, y el carbono no espera su voluntad creciente.

Del ADN y la silueta de su magia, se derramarán genes que acariciarán la historia; a ustedes los aborrezco por volverse peligrosos ante la usurpación de necesidades.

La tormenta marchita, visión de alcantarilla que no abarca la mirada ni los perdones. Soy la serpiente líquida que fieramente se sitúa entre la columna sagrada del silencio.

Nadarás por la multitud de la llanura, la pastura, la sabana, nadarás hasta la orilla del cenote por el porvenir del ciervo. El aguacate cerrará sus lágrimas con el polvoso descubrir de isletas.

Soy Gaía Lu'um Na', escúchame.

No quiero defenderme de mis parásitos, quiero sacudirme la tormenta, evocar la salida de la cruz de infiernos, olvidar la historia y construir el manto sagrado de las voluntades.

Dejar de ser escoria. Sentir entre las piernas el lenguetazo ácido de los demonios que me habitan, el Humano, el Hombre, el Sueño, la necesidad hará sus ejercicios múltiples de madrugada, y nada serás entre la niebla, ni contra la espalda de la cabecera.

No. Por más que quieras se partirá la calma, como cayó la tarde de las bestias, se alejarán los demonios si el oxígeno acaba, la combustión desaparecerá a los Visitantes y sus artefactos.

¿No volverán las conquistas, al menos que el pensamiento vuelva a ser imperfecto, indeciso e imprescindible? ¿Cuánto tiempo necesitarás para olvidar tus promesas? ¿Cuánto tiempo para que vuelvas a lastimar mi atmósfera? ¿Te haré olvidar?

Toma ese gajo espinoso de la ceiba.

Recorre la sabana hasta encontrar la cueva donde brota el manantial que alimenta la laguna.

Soy Gaía Lu'um Na', y tienes que penetrarme con tu savia.

ESQUIRLAS DE ESPERANZA

Al regresar de la sabana dejé mi cuerpo hundirse en el fango de la laguna, en el lado sur. Recordé al tapir, al jaguar, al inofensivo y aguerrido tucán, al callado zopilote rey. La lechuza descendió junto a mí.

Remojado en el lodo, mantenía la cabeza afuera, lo que me permitía respirar.

La lechuza clavó su mirada naranja sobre mis pupilas y dejé que el fango refrescara mis heridas aún sangrantes. Así fue como la calma regresó a mis vértebras.

Cuando la lechuza levantó el vuelo, después de brindarme su aliento, apareció allá, detrás de la niebla, una Mujer desnuda. Se lavaba las sangre de las piernas.

Parecía agotada, tenía los labios y la piel reseca, el cabello largo, enmarañado y lleno de polvo. Se tendió en la hojarasca dejando que el agua le urgara los dedos de los pies.

Yo mantenía el cuerpo dentro del lodo, como un cocodrilo, y abría los ojos para recorrer su cuerpo. Débil respiraba, y los mangos bajaron hacia ella sus hojas, para refrescarle la piel. Los monos aullaban, los pájaros revoloteaban, mientras el jaguar paso a paso caminaba por las ramas para mirar a la extranjera.

Miré hacia el desierto y la esperanza de que lleguen Otros como ella regresó junto a mí para golpearme la lengua.

Igual volvió el temor a equivocarse de nuevo.

AGRADECIMIENTOS

A los comisariados de Kampepéñ y Santa Cruz Pinto, Homún y Tixcacal Quintero, Huhí que permitieron el desarrollo de los talleres de lectura para los niños; a las autoridades del Consejo Nacional para el Fomento Educativo (CONAFE) que por medio de los instructores comunitarios Gabriel Antonio Solís Herrera, Ileana de Jesús Garma Estrella, Mariana Herrera y el asistente educativo Víctor Eduardo Aké Chávez apoyaron el proyecto con su participación durante sus clases en la lectura de este libro con sus alumnos y la motivación para que los niños generaran los dibujos de la fauna yucateca. Al presidente municipal de Dzilam de Bravo L.E.F. José Audomaro Aguilar Rodríguez por su apoyo para la realización del taller de lectura del libro en su municipio. Al Centro Yucateco de Escritores, A.C., a Jorge Lara, a Carlos Martín, a Raúl Ferrera-Balanquet, a la Catarsis Literaria El Drenaje: Patricia Garfías, Nelson Ibarra, Mario Pineda. Al Lic. Óscar Suari Bazán, aval de este proyecto por que siempre ha apoyado la creación. Y muy en especial a todos los niños que participaron con sus dibujos en la elaboración de este libro.

El autor

CONTENIDO

Presentación	9
La colección	11
El camino	41
Las espinas	67
Sobre la luz	85
Agradecimientos	98